

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Baby no contesta

La subversión ha sido siempre una de las armas y argucias más utilizadas por el espionaje. En éste ha habido (y por supuesto sigue habiendo, por muy sutiles que sean en la actualidad sus niveles y sus recursos y sus muy retorcidas intenciones) auténticos especialistas, que lo mismo utilizan las armas y la violencia más brutal que la astucia y el disimulo más taimado para conseguir sus propósitos. Estos propósitos suelen ser la desestabilización política que engendra un desequilibrio social cuyas consecuencias son casi siempre el uso de las armas… si no se consiguen «a las buenas» los iniciales planes de extorsión económica y social.



Lou Carrigan

Baby no contesta

Brigitte en acción - 040

Archivo Secreto - 172

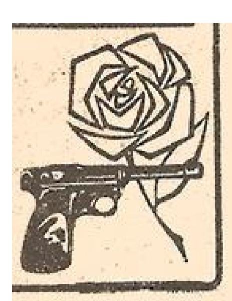
ePub r1.1

Titivillus 26.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

La pequeña lancha se deslizaba silenciosamente, ya a motor parado, hacia la solitaria bahía cercana a San Francisco de la Caleta, casi tocándose los límites de la zona del Canal de Panamá. Había un viejo embarcadero abandonado, alzado sobre unos resbaladizos pilastres de madera con un fuerte olor a sal y a yodo.

A bordo de la lancha viajaban un hombre y una mujer.

El hombre era corriente, vulgar, su expresión era entre astuta y vivaz, y había un rictus duro en su boca. Empuñaba firmemente una pistola con la mano derecha... La mujer no tenía nada de corriente: rubia llamativa, de ese rubio color amarillo, su rostro era muy inteligente y hermoso, adornado con grandes ojos de mirada directa y una boca suave, tierna, fresca. Su cuerpo era una auténtica escultura de gran belleza perfecta, rebosante de juventud, de vigor, de potencia... Y también ella llevaba una pistola en la mano derecha... Sus grandes ojos escrutaban con suma atención el embarcadero y la playa con palmeras que se divisaba muy cerca.

Y, sin embargo, ni uno ni otra pudieron ver a otro hombre y a otra mujer que esperaban metidos en el agua bajo las tablas del embarcadero, también empuñando cada uno una pistola protegida del agua por una bolsa de plástico cuyo borde habían apretado en sus respectivas muñecas; podían, pues, nadar tranquilamente sin riesgo a que la pistola se mojara, y, en un momento dado, disparar. De estos dos últimos personajes cabe destacar que el hombre era un atleta de amplios hombros, pecho fuerte, y cuello nervudo. El clásico espía guapo de película, que se supone siempre bien preparado para llevar a cabo una misión de exterminio... o morir en esa misión, ser él el exterminado.

La mujer no era rubia, sino de cabellos negros, suaves, finos, magníficos. Sus ojos eran azules, enormes, y había en ellos una luz dulce, amable, risueña. Quizás en aquellos momentos la expresión

de tan hermosos ojos no era todo lo dulce que cabía esperar, sino más bien dura, un tanto fría, decidida. En los hermosos ojos azules estaba la expresión de quien, si es necesario, piensa disparar a matar. Igual que en los ojos de la rubia. Y, como la rubia, la morena de ojos azules también tenía un cuerpo escultural, fantástico, maravilloso, divino…

—¿Preparada? —susurró el atleta que la acompañaba.

—Preparada, Simón. No se preocupe por mí.

En efecto, la morena sólo podía ser la más astuta agente de la CIA norteamericana, la más excepcional espía internacional: Brigitte Montfort. Siempre fiel a su personalidad, a sus características de espía perfecta: tan cómoda estaba en su lujoso apartamento de Nueva York como metida en el agua hasta el cuello bajo un pringoso embarcadero. Tan eficaz engañando a un espía enemigo con toda elegancia, mientras tomaba champán con guindas, como allí, en el agua, dispuesta a tirar a matar de un momento a otro. Brigitte Montfort, periodista del Morning News, diario neoyorquino; agente de la CIA; y siempre la más peculiar agente secreta capaz de decidir por su propia cuenta quién debía morir y quién merecía vivir.

Sí…

Allá estaba Brigitte, cerca de la zona norteamericana del Canal de Panamá, pistola en mano esperando su presa, respaldada por Simón, el nombre eterno para los agentes de la CIA que la ayudaban en cualquier parte del mundo. Y su presa era en esta ocasión la mujer rubia y el hombre que conducía la lancha que se estaba acercando silenciosamente al embarcadero…

—Dejaremos que desembarquen, Simón —susurró Brigitte.

—Claro. Si esperan un ataque entonces será por el frente, no desde el agua. Buena suerte.

—La tendremos.

Pero la suerte no es siempre amistosa con las mismas personas. A veces las olvida… Se va, viene, se acerca, se aleja… La suerte es voluble, y no siempre se entrega a quien la necesita.

Quizá por eso la mujer rubia que iba en la lancha se alertó de pronto mirando hacia el embarcadero. Vio algo que la alarmó.

—Olav —llamó quedamente; el hombre vulgar se acercó inmediatamente a ella, apercibida la pistola, inquieto—… Mira con

cuidado… Bajo el embarcadero.

—Sí… Veo algo… Parece que hay alguien. ¿Qué hacemos, Paulova Maloyef?

—Es sencillo —susurró fríamente la rubia—. Acerquémonos un poco más. Y cuando veas que yo alzo mi mano izquierda disparemos los dos contra lo que hay ahí. Pero no mires hasta entonces. Esperemos a que la lancha esté más cerca: no hay que fallar los disparos.

La lancha se acercó más. Paulova Maloyef iba distinguiendo con más claridad aquello que había llamado su atención bajo las tablas del embarcadero. Pero tenía la cabeza vuelta hacia otro lado, y miraba hacía allí de reojo… Hasta que, de pronto, considerando llegado el momento de abandonar la ficción, alzó su mano izquierda, y la derecha se adelantó, apretando el dedo índice el gatillo de la pistola con silenciador… El hombre llamado Olav la imitó instantáneamente.

Y bajo el embarcadero el agua empezó a formar pequeños surtidores, salpicaduras plateadas… Y lo que allí había desapareció bajo las aguas. En el lugar donde antes habían estado las cabezas de Simón y Brigitte quedaron sólo unos círculos que se iban ensanchando lentamente, lentamente, lentamente…

Silencio absoluto.

Luego la mujer rubia llamada Paulova Maloyef sonrió fríamente, y dijo:

—Desembarquemos. Quienquiera que hubiese ahí ya no podrá molestarnos, Olav.

* * *

—¿Alguna noticia?

El agente de la CIA de servicio en la radio movió negativamente la cabeza.

—Ninguna, señor.

—¿Estás seguro de que funciona bien la radio?

El agente se quedó mirando hoscamente a Charles Alan Pitzer, cuyo estado nervioso era evidente.

—Por supuesto que funciona bien la radio —masculló—; y seguimos con las mismas últimas noticias: nuestros demás agentes

en Panamá informaron que Baby y el agente encargado de ayudarla, Albert Darrell, han desaparecido. Los han buscado a los dos recurriendo a todos los medios. Parece que esta vez la agente Baby y su Simón de turno han… tenido un tropiezo.

—Imposible —palideció Pitzer—… Imposible, Jess, te lo aseguro. No era una misión especialmente difícil. Era algo que Baby podía hacer con los ojos cerrados y atados los pies y una mano. En cuanto al Simón que le dimos de enlace, o sea Albert Darrell, es uno de nuestros mejores hombres en Centroamérica.

—Sólo puedo decirle, señor, que Baby no contesta.

—No… No puedo creerlo —gimió Pitzer—. No es por la importancia de la misión, Jess. Es… es mucho, son muchas cosas…

Jess se permitió una sonrisa de simpatía.

—Lo sé, señor. No olvide que yo también conozco a Baby. En muchas ocasiones yo he respondido a las llamadas por la radio secreta de su apartamento. Ella me llama Simón, me dice cosas agradables, y en alguna ocasión ha venido a comprar flores aquí, a la floristería, sólo para sonreírme y decirme que soy un gran chico. Haría cualquier cosa por ayudarla, por oír de nuevo su voz… Pero Baby no contesta, señor.

Quedaron los dos silenciosos, sombríos, apesadumbrados. De pronto hubo una llamada en la radio, y ni siquiera había tenido tiempo Pitzer de abrir la boca cuando ya Jess atendía al aparato, febrilmente.

—¡Base de tío Charlie a la escucha! ¡Adelante!

—Sobrino de Panamá llamando a tío Charlie.

—Adelante, sobrino de tío Charlie. ¡Informe!

—El informe es breve: Baby no contesta.

—¡No es posible! ¡Ella tiene que estar ahí, cerca de vosotros, en cualquier lugar…!

—Seguramente está cerca de nosotros. Pero no puede contestar. Hemos buscado intensamente por todo Panamá en estas treinta horas. Ni Baby ni Simón contestan por sus radios. Consideramos inútil continuar la búsqueda.

Pitzer se puso furiosamente al habla, apartando a Jess.

—¡Aquí tío Charlie en persona! —rugió—. ¡Voy a dar una orden, y quiero que sea cumplida a la máxima brevedad! Ésta es la orden: ¡encuentren a Baby! ¡Y pronto!

—Señor, ella no contesta… Hemos hecho todo lo…

—¡Quiero que la encuentren! ¡Eso es todo!

Dejó la radio a cargo de Jess, desentendiéndose de las demás argumentaciones de su «sobrino de Panamá», y salió del cuarto violentamente.

* * *

Miky Grogan se quedó mirando sobresaltado al hombre menudo y de genio avinagrado que entró en su despacho sin anunciarse, rudamente, pálido y casi gritando:

—¿Dónde está Brigitte, Grogan?

—¿Brigitte? En Panamá… Creo que está en Panamá. Ella me dijo que tenía que ir allá, se despidió y se fue. Eso es todo lo que sé… ¿Ocurre algo?

—¿No ha tenido noticias de ella?

—No… Ninguna. Cuando ella sale para uno de esos trabajos que usted le encarga, jamás me da explicaciones hasta que lo considera oportuno… ¿Ha pasado algo grave?

Pitzer se dejó caer en uno de los sillones de delante de la mesa de Miky Grogan, director del Morning News. Encendió nerviosamente un cigarrillo y miró al director del diario, que le contemplaba con expresión atenta, intrigado.

—Baby no contesta —musitó. Grogan quedó sorprendido.

—¿Baby? No entiendo.

—Brigitte ha estado demasiado tiempo trabajando con su nombre auténtico. Como ayudante en cualquier parte del mundo a la que vaya, tiene como mínimo a un hombre que le sirve de enlace y la informa de las particularidades del lugar que visita. A ese hombre siempre se le asigna el nombre de Simón. Entonces, dado que esos hombres y la mayoría de muchos otros agentes tienen nombres clave, le buscamos uno a Brigitte en la CIA.

—¿Baby? —susurró Grogan.

—Exactamente. Hoy, cualquier agente de la CIA sabe bien que hay un nombre clave para indicarle que deberá ayudar a la persona que se lo mencione. Nos pareció muy apropiado apodar Baby a Brigitte, dadas sus características… físicas, su dulzura, su belleza… [1]

Ella es realmente una criatura deliciosa.

—Lo sé bien —suspiró Grogan—. Pero no entiendo…

—Brigitte fue enviada a Panamá para cumplir una misión. Estuvimos en contacto con ella, le pusimos un hombre a su disposición, y, de pronto, no contesta.

Miky Grogan se dirigió al bar, sacó una botella, un vaso, se sirvió un buen trago de whisky, y lo bebió de golpe. Se quedó mirando a Pitzer, todavía pálido.

—¿Quiere… quiere un trago…?

—No —gruñó Pitzer—. No quiero beber. Sólo he venido para asegurarme de que Brigitte no se ha puesto en contacto con usted… Sería absurdo que a usted le llamase y a nosotros no, pero nunca sabemos a qué atenernos con esa mujer.

—Pues no… No me ha llamado. No sé nada… ¿Qué fue a hacer a Panamá?

—Tenía que recibir a una espía rusa y apresarla. O matarla, si era preciso. Esa mujer venía de Cuba, no sabemos exactamente con qué intenciones. Uno de nuestros agentes en Panamá se enteró de su llegada por medio de un informe que nos costó diez mil dólares, que tuvimos que pagar a un hombre llamado Pancorbo, panameño. Cuando supimos que era rusa pensamos que una buena idea sería enviar allá a Brigitte, puesto que ella habla el ruso, y podría sacar partido de la detención discreta de esa espía. Por otra parte la espía rusa no desconfiaría de otra mujer con aspecto inocente que apareciese alguna vez cerca de ella… Después de pagados los diez mil dólares a ese panameño llamado Pancorbo, Brigitte salió para Panamá. Allá la recibió nuestro agente, y nos informaron que se disponían a esperar en la madrugada de ayer la llegada de la espía rusa. Luego no hemos sabido nada más.

Miky Grogan bebió otro trago de whisky. Luego se sentó en su sillón, abatido, y los dos hombres estuvieron silenciosos durante un par de minutos, sombríos, pensativos.

—¿Han llamado al hotel donde ella se alojó, o al lugar de residencia que le asignaron…?

—Naturalmente —refunfuñó Pitzer—. Algunos agentes de allá fueron al Hotel Miraflores, donde Brigitte se alojó, pero no hay rastro de ella. Ni del agente que la ayudaba. Han desaparecido, han quedado silenciosos, no contestan.

—¿Y la espía rusa?
—Ni idea sobre eso.
Miky Grogan tragó saliva con dificultad.
—¿Cree… cree que… que a Brigitte han podido… han podido…? Bueno, ya… ya me entiende…
—Si lo que quiere preguntar es si han podido matarla, la respuesta es sí, naturalmente.
—Dios mío…
—Es algo que le puede ocurrir a cualquier espía.
—Sí… Ya sé… Pero a Brigitte, a nuestra Brigitte…
—He pasado aviso a los Servicios Centrales de la CIA. Y la noticia ha causado mucha conmoción. Le aseguro que no serán sólo usted y sus empleados los que sufran esta pérdida. Pero opino que antes de lamentarnos debemos tener la seguridad de que ella ha muerto. La están buscando todos nuestros agentes de Panamá. Si está viva la encontrarán.
—¿Y… y si está… si está…?
—Si está muerta quizás un día u otro encontremos su cadáver.
—¿Qué… opinión tiene usted sobre… sobre el silencio de Brigitte? ¿Es costumbre en ella, o…?
—En el tiempo que lleva trabajando conmigo Brigitte jamás ha permanecido silenciosa cuando se esperaba su llamada.
—Pe-pero quizá… quizás alguna dificultad…
Pitzer sonrió secamente.
—Me parece, Grogan, que usted no conoce bien a Brigitte en su profesión de espía. Tenga por seguro una cosa: si ella está viva no hay nada en el mundo que pueda impedirle jugar su carta; de un modo u otro, como sea, ella se habría puesto ya en contacto con sus compañeros en Panamá.
—Entonces eso quiere decir…
Pitzer encogió los hombros y apagó tan nerviosamente el cigarrillo en el cenicero que algunas pequeñas brasas le quemaron los dedos. Se mordió los labios rabiosamente, se hundió más en el sillón, y se quedó mirando al cielo a través de la persiana graduable del ventanal.
Miky Grogan lo miraba a él, pero no parecía verlo.
En el rostro del director del Morning News fue apareciendo, lentamente, sin que él mismo se diese cuenta, una profunda

expresión de tristeza… Por su parte, Pitzer estaba recordando con todo detalle la entrevista sostenida con Brigitte no hacía mucho en el apartamento de la espía. Ella le había recibido con su simpatía habitual, sonriente, encantadora como una auténtica diosa de la belleza… En ocasiones Pitzer había pensado que no era justo que concurriesen en una sola persona tantos méritos y cualidades, tanta belleza moral y física, pero así era Brigitte, y así había que aceptarla…, afortunadamente.

»—¿Qué le trae por aquí, tío Charlie? —había preguntado la divina espía.

»—Sólo la entretendré unos minutos. Tengo una divertida noticia para usted.

»—Ya sé… ¡Me invita a cenar!

»—¿Aceptaría? —exclamó Pitzer.

»—No.

»—Me lo temía… Bueno, la noticia se refiere a sus desplazamientos. Usted, con gran acierto, decidió hace tiempo llamar Simón a todos sus compañeros y enlaces en las diferentes misiones. Sea cual sea el nombre del agente de turno usted lo llama Simón, y ya vale.

»—¿Y…? —Alzó las cejas la espía.

»—Entendemos que la utilización de su propio nombre en determinados desplazamientos es comprometido y peligroso. De modo que una Junta Especial de la CIA ha votado un nombre clave para usted. Usará ese nombre de aquí en adelante en todas las misiones. Ya no será nunca más la señorita Brigitte Montfort cuando trabaje para la CIA. Y, al mismo tiempo, ese nombre clave le facilitará la introducción en todos nuestros grupos de agentes en el mundo entero. Un nombre muy adecuado para usted. Significa… Bueno, muchas cosas cariñosas.

»—Caramba… ¡Estoy sobre ascuas! ¿Qué nombre es ese?

»—Baby.

»—Baby… Baby… ¡Suena bien! La agente Baby… La agente Baby, de la CIA. Es una buena marca, y a nada compromete. La agente Baby… ¡Me gusta! ¡Me gusta mucho, tío Charlie! Y como todo lo que me gusta —sonrió deliciosamente— ¡me lo quedo!

Y de pronto la puerta del despacho se abrió rudamente, casi con violencia, y Frank Minello, redactor deportivo del periódico, entró como una tromba, sonriendo anchamente.

—¡Hey, jefe, mire lo que…!

—¡Cállate! —aulló Grogan—. ¡Cállate, maldito!

Frank Minello quedó como clavado en el suelo, desconcertado, casi asustado.

—Zambomba, jefe, sólo quería enseñarle…

—¡Que te calles! ¡Y márchate de aquí, gorila!

Minello estaba confuso. Miró a Pitzer, y frunció el ceño.

—Hola —masculló—. ¿Usted no es el tal tío Charlie?

—Soy el tío Charlie —asintió sordamente Pitzer.

—Oh, bueno… Entonces le transmito saludos de Brigitte… ¡Eh! ¡¿Se ha vuelto loco, jefe…?!

Miky Grogan había saltado hacia Minello, lo había cogido bruscamente por la pechera, y lo sacudía fuertemente.

—¡Dilo otra vez! ¡Dilo otra vez, Frankie, muchacho…! ¡Di otra vez que Brigitte le envía saludos a tío Charlie!

—¡Demonios, suélteme! ¡Vaya a sacudir alfombras, si tanto le gusta…!

Se quitó de delante a Grogan de un manotazo. Pitzer, mucho más sereno y frío que Grogan, se había puesto en pie y estaba ahora ante Minello, como un pigmeo ante aquella mole rebosante de músculos.

—¿Ha tenido noticias de Brigitte? ¿De dónde?

—De Panamá. Zambomba, me gustaría…

—¿Ella le ha llamado?

—No, no… Me ha enviado esta postal solamente.

Grogan se la quitó de las manos, riendo nervioso. La leyó rápidamente y la tendió, a Pitzer, para dirigirse de nuevo hacia el bar, mientras el hombre de la CIA entraba en turno para leer la postal.

—¡Ahora sí que me voy a emborrachar! —exclamó alegremente Miky Grogan—. ¡Ven acá, Frankie, estás invitado a un trago!

—Loco de remate —murmuró Minello—. Pero aceptaré el trago, ya que yo no estoy loco y sé que usted bebe del bueno.

Miky Grogan no cesaba de reír. Miró a Pitzer, que estaba mirando pensativamente la tarjeta postal.

—¡Eh, tío Charlie, venga acá…! ¡Hay que celebrarlo!

—No hay nada que celebrar, Grogan. Brigitte dejó de comunicar con nosotros hace treinta horas… Y esta postal fue enviada hace cuarenta y ocho. Adiós.

El vaso de Grogan se estrelló en el suelo. Minello, que estaba mirando a Pitzer salir del despacho, miró entonces el vaso y luego a su jefe. Lo vio palidísimo.

—¿Qué demonios ocurre? —farfulló.

* * *

Frank Minello acabó de examinar la pistola, la guardó en la funda sobaquera, se puso la chaqueta, echó un vistazo a la pequeña maleta, y se dirigió al teléfono. Marcó un número.

—Soy Frank Minello —susurró—. ¿Queda confirmada la reserva para mi vuelo a Panamá? Espléndido. Estaré en el aeropuerto dentro de veinte minutos. Gracias.

Colgó, cogió la maleta, y, pálido como un cadáver, desencajado el rostro, abandonó su apartamento. Él también quería saber por qué Baby no contestaba.

Capítulo II

La mujer rubia se detuvo delante de las verjas de la bonita villa cercana al mar, en las afueras de Panamá, y se quedó mirando el nombre grabado en una placa de piedra verde: Villa Caimanes.

Sonrió burlonamente, se acercó a la cadenita, y tiró de ella. Al instante vio al hombre que se apartaba de junto a un macizo de flores en el interior de la villa. Un hombre con pantalones subidos hasta las rodillas, camisa blanca suelta y un sombrero de paja. Se acercó allí caminando despaciosamente, como cansado, arrastrando sus descalzos pies con mucha parsimonia.

—¿Qué desea? —preguntó de mala gana.

—Quiero ver al señor Calatrava —dijo la rubia.

—El señor Calatrava no está, niña.

—Está. Dígale que ha llegado Doris. Él me está esperando.

—Ah… Doris… La dejaré pasar, niña.

El hombre era bigotudo; mohíno, como aburrido. A pesar de su desgana, de su profunda apatía, parecía fuerte. Sacó una llave, la introdujo en la cerradura de la verja, y la abrió. La rubia entró, el bigotudo cerró de nuevo, siempre como a punto de desvanecerse de cansancio, y se volvió.

—Doris… ¿qué más?

—Nada más.

—Bien… ¿Cuál es la contraseña?

—Se la diré al señor Calat…

La rubia enmudeció bruscamente, porque una enorme pistola había aparecido en la mano del bigotudo, y al mismo tiempo había desaparecido toda apatía en la actitud del hombre. Sus oscuros ojos miraron malignamente a la llamada Doris.

—La contraseña debe dármela a mí, niña. De lo contrario no va a poder pasar.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió fríamente la rubia.

—Jaime. Algunos me llaman Jaimito. Y otros, para simplificarlo todo, me llaman Mito.

—Pues bien, Mito: guarde esa pistola si no quiere que luego el señor Calatrava le obligue a arrepentirse. Me está esperando.

—Sí. Lo sé. Pero yo estoy esperando la contraseña. Y ya que no quiere dármela la llevaré ante el señor Calatrava…, pero sin guardar la pistola. Y ya verá como el señor Calatrava no me riñe por eso, niña. Camine hacia la casa.

La rubia encogió los hombros, se volvió hacia el interior de los terrenos de la villa, y vio la casa, ocupando el centro de la gran zona verde llena de palmeras y grandes plantas de plátano silvestre. Había amplios espacios ocupados por césped bien cuidado y macizos de flores de vivos colores.

Iban recorriendo el sendero hacia la casa cuando la rubia se volvió de pronto, a una velocidad tal que Jaimito quedó paralizado por la sorpresa, en blanco su cerebro, congeladas sus reacciones durante apenas medio segundo…

Suficiente.

La mano derecha de la rubia golpeó de canto en su muñeca, y la pistola salió disparada lejos de la mano de Jaime. Al mismo tiempo la mano izquierda de Doris, en un golpe horizontal de karate, alcanzaba a Jaime en el centro de la barbilla, justo bajo el labio. Pareció que el golpe no había sido ni siquiera medianamente fuerte, pero él hombre salió despedido hacia atrás y cayó sentado al suelo. Apoyó las manos detrás para permanecer sentado en lugar de quedar completamente tumbado de espaldas, pero Doris le quitó una mano del suelo con la punta de un pie, y cuando Jaime caía hacia un lado girando le alcanzó con un fuerte puntapié en el estómago que encogió al hombre como si tuviese intenciones de enroscarse.

Pero, sujetándose el estómago con una mano, Jaime se apoyó con la otra, ahora boca abajo, e intentó incorporarse, sin tener siquiera el consuelo de poder jadear, ya que el puntapié en el estómago le había dejado sin resuello.

Hizo mal en incorporarse.

La rubia le golpeó ahora con la punta de su zapato en la punta de la barbilla, que de nuevo crujió. Y Jaime, tras parecer que iba a efectuar un salto en el aire hacia atrás, quedó tendido de bruces.

Entonces la rubia recogió tranquilamente la pistola, la examinó, asegurándose de que Jaime no era tan tonto como para apuntar a alguien con una pistola descargada, y regresó junto a él. Un vistazo le bastó para comprobar que estaba desvanecido.

Contrariada, Doris miró a su alrededor. A poca distancia, justo donde Jaime se había dejado ver al llamar ella a la verja, vio la manguera de plástico verde soltando su cristalino chorro de agua hacia el césped, a ras de tierra y hierba. Fue a por ella, y, apuntando el chorro hacia Jaime, la movió verticalmente, de modo que el agua cayó sobre el desvanecido jardinero y portero de Villa Caimanes. Y a pesar del remojón Jaime tardó casi medio minuto en empezar a moverse. Doris se acercó más, sonriendo secamente, y el agua dio con más fuerza en el empapado hombre, que empezó a ponerse en pie, vacilando como si sus piernas fuesen de goma.

Doris tiró la manguera de nuevo hacia el césped y se acercó al derrotado jardinero.

—Muy bien. Mito. —Mostró la pistola—. Ahora camine diez pasos por delante de mí y llévemé hacia donde está el señor Calatrava. ¿Está todo claro?

Jaime asintió con la cabeza y echó a andar, mirando de reojo a la rubia. Pero ésta sabía mucho más que él de aquellas cosas, de modo que se mantuvo a tal distancia que habría sido un suicidio intentar algo contra ella.

* * *

Raimundo Calatrava estaba sentado bajo la sombra de una pérgola cuyo techo estaba formado con hojas de palmera y plátano, enrejadas de tal modo que dejaban pasar algún que otro rayito de sol de aquella alegre y luminosa mañana. Ante él estaba la bonita piscina de losas rosas y borde azul, en forma de pera, con su trampolín y su par de escalerillas. A su lado, una mesa en la cual se veía una gran bandeja llena de fruta: coco tierno y mondado ya, piña, plátanos, naranjas… Raimundo Calatrava estaba comiendo una enorme y jugosa piña a punta de cuchillo, que manejaba con gran habilidad. A sus pies había un enorme perro lobo de color canela y negro, de morro húmedo y gran lengua rosada, con un collar de cuero teñido de rojo y en el cual, en negro, destacaban las

letras de su nombre: Satán.

Un perro impresionante en verdad por su corpulencia, su potencia, sus grandes mandíbulas, su belleza fiera.

Pero Raimundo Calatrava era aún mucho más notable que Satán.

Era un hombre absolutamente gordo, de tales abundancias carnales y grasientas que parecía una masa maleable vertida sobre el sillón de mimbre hecho a medida de su colosal trasero. Sus ojos eran negros, diminutos, como escondidos tras los pómulos abultados. Sus manos parecían un manojo de grandes salchichas brillantes, recién hechas. En el dedo meñique de su mano izquierda lucía un anillo que parecía a punto de segar el dedo en dos, tan hundido estaba en la carne. Había una gran piedra roja en el anillo. Luego llevaba tres anillos más, repartidos en las dos manos. En total, cuatro anillos brillantes, llamativos, que parecían una divertida broma de alguien que había querido adornar los dos manojos de salchichas que eran sus manos. Raimundo Calatrava debía de tener unos cuarenta años, y conservaba una espléndida y abundantísima cabellera negra que brillaba, bien rociada de brillantina, como un plumero nuevo sobre una gigantesca sandía.

Cuando las orejas del perro se alzaron, Raimundo Calatrava se quedó mirándolo, dejando que el jugo de la piña resbalase por su barbilla y la enorme papada.

—¿Qué ocurre, Satán?

El perrazo se alzó, inquieto, mostrando silenciosamente los dientes. Miró a su amo y luego hacia el sendero que llevaba a las verjas… Enseguida soltó un gruñido y se movió lentamente hacia allí.

Mientras tanto Calatrava había visto ya a Jaime llegando delante de la escultural rubia que le amenazaba con una pistola, caminando a ocho o diez pasos tras él.

El perro soltó otro gruñido, pero Calatrava movió negativamente una de las salchichas que parecían dedos.

—No —ordenó—. Siéntate otra vez.

Satán se dejó caer sobre los cuartos traseros, gruñendo sordamente, fija su reluciente mirada lobuna en los dos personajes que se acercaban. Es decir, en uno de ellos: la rubia.

Por fin Jaime y Doris se detuvieron delante de Calatrava, que miraba con ojos golosos aquella espléndida belleza rubia de

magníficos ojos azules, hermosos, brillantes, inteligentes.

—¿Señor Calatrava? —preguntó ella fríamente.

—Sí. Yo soy Raimundo Calatrava.

—Pues deje de mirarme así. Nuestras relaciones van a ser mucho más serias, según tengo entendido.

—¿Cómo la miraba?

—Como mira un cerdo su comedero en la pocilga.

—¿Tan desagradablemente la miraba?

—Sí. ¿Este hombre trabaja para usted?

—Así es. Puedes retirarte, Jaime. La señorita y yo nos entenderemos personalmente. ¿Está de acuerdo, señorita… señorita?

—Para usted, y mientras esté en Panamá, Doris será suficiente.

—De acuerdo. ¿Qué ha ocurrido entre usted y Jaime?

—Me pidió la contraseña. Y no quise dársela, porque estoy irritada por lo sucedido, señor Calatrava.

—Ya. Y… ¿qué ha sucedido? Porque, señorita Doris, la esperaba a usted hace más de veinticuatro horas.

—Lo sé. Y eso es lo que me tiene irritada. Pero prefiero hablarlo solamente con usted.

—De acuerdo. Vete. Jaime… La señorita te devolverá tu pistola. ¿Será tan amable, señorita Doris?

La rubia tiró la pistola a las manos de Jaime que miró inmediatamente a Calatrava, el cual movió en sentido negativo la cazota. El jardinero se alejó, y Calatrava miró a la hermosa rubia, que se había sentado en otro silloncito, de proporciones normales, y estaba mondando un plátano. A su lado, Satán husmeaba las perfectas rodillas, con las orejas tiesas. Doris mordió delicadamente el plátano y bajó la vista hacia el perrazo. Su mirada pasó un instante sobre el collar.

—Hola, Satán —sonrió de pronto—. ¿Te tratan bien?

Adelantó la mano libre y sus dedos se hundieron en el pelaje, detrás de una oreja del perro lobo, que se quedó inmóvil, fijos los ojos en las hermosas pantorrillas. Los dedos rascaron suavemente en el punto elegido y Satán cerró los ojos y gimió quedamente.

Calatrava estaba terminando de comer la piña. Luego se limpió la barbilla y se quedó mirando con cierta incredulidad al perro lobo.

—Gran habilidad la suya, señorita Doris —sonrió melifluamente —… Satán no es dado a hacer nuevos amigos.

—Yo tampoco. Pero en un perro se puede confiar.

—Desde luego. Sospecho, señorita Doris, que tenemos muchas cosas de qué hablar. Sin embargo, hasta que usted me dé la contraseña que se convino…

—Será al revés, señor Calatrava.

—Llámeme Raimundo, por favor —sonrió él de nuevo—. ¿Al revés? No la entiendo.

—Dígame usted a mí cuál es la contraseña.

—¿Es una broma?

—Tengo motivos para no bromear, Raimundo.

—Bien. La contraseña es ‹Visita clandestina al Canal›. La rubia sonrió secamente, con burla.

—Dígame otra mejor, si es tan amable.

—Ésta: ‹Estamos esperando la visita de Doris›.

La azul mirada de la rubia sensacional permanecía burlonamente fija en los negros ojos de Calatrava.

Esta vez, la rubia se limitó a mover un dedito negativamente, sin dejar de sonreír.

—¿Tampoco? —sonreía a su vez Calatrava—. Veamos si ésta le gusta más: ‹Los dientes de Satán son blancos›.

La rubia parpadeó un par de veces lentamente antes de musitar:

—Los dientes de Satán son blancos, efectivamente.

—¿Es ésa la contraseña?

—Desde luego.

—Bien… Todo aclarado. Ahora dígame su verdadero nombre, y quedará todo completo.

—Paulova Maloyef.

—Perfecto. ¿No quiere otro plátano? ¿O una piña?

—No quisiera ensuciarme la barbilla. Cosa que, según parece, es inevitable al comer piña.

Raimundo Calatrava enrojeció y frunció el ceño.

—Dígame por qué llega con treinta horas o más de retraso —exigió hoscamente.

—Me estaban esperando.

—¿Esperando? —Se agitaron las carnes de Calatrava—. ¿Quién?

—Un hombre y una mujer. Eso fue en la madrugada de ayer; los

dos estaban bajo el embarcadero donde tenía que tomar yo tierra.

—Pero… Bueno, ¿quiénes eran?

La rubia encogió los hombros.

—No lo sé. Pude verlos a tiempo, y entre Olav y yo los matamos. Disparamos contra ellos antes de que comprendiesen que los habíamos visto, y desaparecieron bajo el agua. Olav los sacó después a los dos. El hombre era un gran tipo, de esos fuertes y atléticos. La mujer era morena, muy hermosa. Los dos llevaban en la mano derecha una bolsa de plástico que se cerraba en la muñeca. De este modo las pistolas que tenían en las manos quedaban protegidas del agua aunque tuviesen que nadar bajo ella.

—Sí, sí, entiendo…

—Pues yo no —dijo secamente Doris—. Supongo que no eran empleados suyos.

—¡Por supuesto que no! Usted tenía las instrucciones necesarias para llegar aquí… ¿Por qué había de complicar las cosas enviando a nadie a recibirla?

—Eso es lo que yo creí. Además, naturalmente, no me gustó que aquellas personas estuviesen escondidas bajo el embarcadero. Bien: celebro no haberme equivocado, y… bien muertos están los dos.

—¿Dónde dejó sus cadáveres?

—Puesto que Olav tenía que regresar a Colombia se los llevó en la lancha. En estos momentos están en el fondo del mar, bien lastrados. No aparecerán jamás.

—Magnífico.

—No tanto. Es de suponer que el hombre y la mujer tuviesen amigos. Y si ellos dos nos estaban esperando en el embarcadero cabe la posibilidad de que sus amigos estén merodeando cerca de usted… ¿No ha pensado en ello?

—No sabiendo nada, nada podía pensar.

—Pues yo sí lo sabía. Y por eso no vine ayer. Me he pasado veinticuatro horas merodeando por los alrededores de su villa, Raimundo… No me gustan las sorpresas.

—¿Temía que también en mi villa le hubiesen tendido una encerrona?

—Espero que no le parezca disparatado.

—No —musitó Calatrava—. Realmente no. Ha sido usted muy prudente y astuta. ¿Ha notado alguna vigilancia, o algún cerco más

o menos discreto en torno a mi villa?

—Si lo hubiese notado no estaría aquí.

El gordísimo lanzó un profundo suspiro.

—Entonces todo va bien —se tranquilizó—. Pero como estaba inquieto temo que he cometido una… acción precipitada.

La rubia se alarmó un instante.

—¿Qué acción?

—Bueno… Utilicé la radio para pedir otro agente ruso.

—¡¿Quéee…?!

—Lo lamento.

—¡Lo lamenta! ¿Cree que no tenemos otra cosa que hacer más que enviarle agentes a usted?

—Estaba preocupado.

—Está bien, está bien… Ya no se puede hacer nada… ¿A quién llamó? ¿Adónde?

—Al enlace de siempre. Me dijeron que puesto que Paulova Maloyef no aparecía me enviarían otro agente de la MVD y se dedicarían a buscarla a usted. El agente vendrá de Cuba esta vez.

—¿Su nombre?

—Sergei Saborin. ¿Lo conoce?

—Por ese nombre, no. ¿Cuándo llegará?

—Seguramente esta misma tarde. Pero no tenemos por qué esperarlo a él, ya que está todo preparado, esperando su aprobación y que tome la dirección del asunto. Lo único que puede ocurrir es que cuando Sergei Saborin llegue a Panamá le digamos que fue una falsa alarma, y que regrese.

—Está bien… Examinaré su plan, Raimundo. Pero lo más urgente es que usted llame al enlace y le diga que haga circular la noticia de que todo está bien, que Paulova Maloyef, como siempre, va a cumplir su trabajo… sin que nadie pueda impedírselo. ¿Dónde tiene la radio? Espero que sea un lugar seguro.

—Muy seguro —sonrió astutamente Calatrava.

—Pues vamos allá, por si es necesario que yo hable. Y otra cosa: quiero encontrar al traidor.

—¿A quién? —se asombró Calatrava.

—Al traidor que hay entre sus hombres. Es evidente que si a Olav y a mí nos estaban esperando es porque aquel hombre y la mujer morena sabían algo. Y ese algo, lógicamente, tenía que

habérselo dicho alguien.

—Es cierto —se ensombreció la grasienta faz—. Es cierto. No se preocupe: encontraremos al traidor en menos de un par de horas. Sabremos quién es, se lo aseguro.

—Así lo espero. Nosotros le enviamos órdenes a usted diciéndole que debía estar todo preparado de modo que yo, o el agente enviado, estuviese actuando aquí el menor tiempo posible…

—Ya le he dicho que todo está preparado.

—Pero no con la discreción y seguridad convenientes.

—Encontraremos al traidor, y antes de actuar le arrancaremos la verdad de todo. Sabremos a qué atenernos.

—Está bien. Vamos a donde tiene la radio.

Raimundo Calatrava empezó a ponerse en pie. Empezó.

Apoyó los manojos de salchichas en los brazos del gran sillón y efectuó el primer esfuerzo, alzando unas decenas de kilos de carne y grasa. Luego vino el movimiento de la pierna derecha, después la izquierda, acercándolas al sillón de mimbre para apoyarse mejor sobre los pies. Después el segundo esfuerzo de los brazos.

—¿Le ayudo? —sonrió irónicamente Paulova Maloyef.

Calatrava le dirigió una mirada rencorosa, acabó de ponerse en pie con el último esfuerzo, y la barrigota y las nalgas quedaron bailando en un estremecimiento rápido, cuyo ritmo aumentó cuando el gordísimo personaje empezó a caminar acercándose a la piscina.

Paulova Maloyef fue tras él hasta colocarse a su lado, caminando con una gracia que hacía destacar aún más el balanceo de hipopótamo de Raimundo Calatrava. Sí… Un hipopótamo y una gacela caminando juntos. Asombroso.

Satán salió tras ellos, casi pegado a las preciosas pantorrillas de la rubia, gimiendo alegremente en demanda de que los finos deditos continuasen rascando detrás de sus orejas.

Calatrava rodeó la piscina y llegó al corto tramo de escalones de losas amplias que había el otro lado, apenas a cinco metros de la piscina. Los escalones ascendían hasta una altura de dos metros, y luego, por el otro lado, descendían la misma altura hacia un diminuto lago de escasísima profundidad, parecido a la piscina pero sin mosaicos, sólo de tierra.

Y allí, en aquel estanque artificial, como petrificados bajo los

rayos del sol, cuatro magníficos ejemplares de caimán hundidos a medias en el barro, absolutamente quietos, como troncos, como auténticas piedras.

Paulova Maloyef se los quedó mirando entre incrédula y asombrada.

—Es una decoración de jardín muy poco agradable, Raimundo —musitó.

—Cada uno tiene sus gustos.

—¿Son de verdad, o están disecados?

Raimundo Calatrava estuvo un par de segundos atónito, estupefacto. Y de pronto se echó a reír con tal fuerza que sus carnes emprendieron un nuevo y agitadísimo baile.

—¡Disecados! —Hipó—. ¡Disecados…!

—¿Son de verdad?

—¡Disecados! Mire, Doris, le aconsejo que vaya con cuidado con sus pantorrillas tan bonitas cuando entremos ahí.

Paulova Maloyef palideció ligeramente. Sus hermosos ojos azules miraron a los cuatro caimanes. Luego, las paredes del estanque. Si entraban allí quedarían poco menos que aprisionados en el barro, y, además, sin posibilidad alguna de volver a escalar aquellas paredes desiguales de roca pelada…

—¿Pretende que yo entre ahí? —susurró.

—Entraremos los dos. Y Satán. Pero no se preocupe. Nada va a ocurrirnos… si caminamos con cuidado. Venga conmigo.

Bajó un par de peldaños, apoyó una mano en un punto de la roca, y apretó. Inmediatamente de debajo de sus pies se despegó una tira de roca, que era el borde de una gran plancha amplia de madera que fue sobresaliendo más y más hasta cruzar todo el estanque y llegar al otro lado, donde se incrustó, quedando formada una sólida pasarela.

—Es muy fuerte —explicó Calatrava—. Como comprenderá no iba a construirla de modo que hubiese riesgo de que no soportase mi peso. Puede soportar un peso cinco veces superior al mío. Venga sin miedo. Pero tenga cuidado.

Él fue el primero en poner los pies en la pasarela, que se cernía a poco más de un metro del barro en el cual reposaban los cuatro caimanes. Uno de ellos se movió de pronto con velocidad asombrosa, alzando cuanto pudo la cabeza, abiertas las gigantescas

y pavorosas mandíbulas, y Satán se colocó en el borde de la pasarela y empezó a ladrar furiosamente, erizado el pelaje negro de su espalda. Otro caimán se movió, abriendo las fauces como si esperase el enorme banquete que significaría el corpachón de Raimundo Calatrava.

—Calla, Satán. No los excites.

El lobo dejó de ladrar, pero el pelaje de su espalda continuó tieso, erizado. Calatrava caminó hasta el otro extremo de la pasarela y apretó en un punto de la roca en la cual se encajaba aquel extremo. La roca giró abriéndose como una puerta, hacia dentro. Satán fue el primero en entrar. Luego lo hizo Calatrava, y, por último, Paulova Maloyef, cuyo rostro todavía no había recuperado por completo el color normal.

Calatrava encendió la luz dentro de aquella inesperada cueva y cerró la puerta. Se quedó mirando socarronamente a la espía soviética.

—Parece un poco asustada, Doris.

—¿Lo parezco? Vaya… Imaginaciones suyas.

Calatrava se echó a reír.

—Lo siento mucho, pero fue usted quien quiso venir a donde tengo la radio.¿Le parece bueno el escondite?

—Sensacional. No creo que nadie sienta grandes deseos de buscar nada en este foso lleno de caimanes. Pero…no veo la radio.

—Aquí hay mucho truco, mucho cartón piedra, querida. Enseguida la verá.

Fue hacia el fondo de la cueva, apretó un resorte, y un trozo de roca se desplazó hacia un lado mostrando otra cavidad. Allá dentro Calatrava encendió otra luz y señaló la emisora perfectamente montada y emplazada.

—Ahí la tiene. Yo la llamo ‹El secreto de los caimanes›.

Capítulo III

—Está bien —suspiró la rubia—. Hagamos cuanto antes esas llamadas.

—¿Incluida Cuba?

—No sé… Es de suponer que Sergei Saborin esté ya muy cerca de Panamá, y no creo que lleve una emisora capaz de captar una llamada que le hicieran desde Cuba… Lo dejaremos llegar, hablaré con él personalmente, y lo enviaremos de nuevo allá. Dejemos quietos a los de Cuba, es mejor. Llame al enlace y dígale que comunique en Colombia, y a quien sea pertinente, que Paulova Maloyef llegó bien y que todo está sucediendo según lo previsto… ¿No tiene teléfono aquí?

—¿Para qué?

—Para que llame a sus hombres a fin de buscar entre ellos al traidor.

—Podemos hacerlo también con la radio. Estoy muy bien conectado con ellos, se lo aseguro. ¿A quién llamamos primero?

—A sus hombres. Veamos qué saben respecto a la trampa que me tendieron en el embarcadero cercano a San Francisco de la Caleta y sobre aquel hombre y aquella mujer.

—De acuerdo.

Raimundo Calatrava se sentó ante la radio, colocó el dial en la frecuencia conveniente, y efectuó la llamada, a la que recibió respuesta inmediata:

—Dígame, señor. Soy Camilo.

—¿Estás solo?

—Sí… Sí señor.

—¿Y los otros?

—No sé. Como usted nos dijo que hasta las…

—Ya sé, ya sé… Ha ocurrido algo bueno y puede que esté ocurriendo algo malo. La mujer que esperábamos ha llegado ya, y

parece que todo va bien por ese lado. Pero a ella la estaban esperando en el embarcadero un hombre atlético y una mujer morena, muy bonita, según tengo entendido. Los dos fueron muertos por la mujer que esperábamos. Pero queda como dato importante averiguar cómo ese hombre y esa mujer supieron que esperábamos visitas por el embarcadero viejo del extremo norte de la bahía cercana a San Francisco de la Caleta. ¿Lo estás entendiendo bien?

—Sí señor.

—Bueno, parece que tenemos un traidor entre nosotros, Camilo. Alguien dijo al hombre y la mujer muertos lo que iba a ocurrir. Yo no he sido, de modo…

—¡Le juro que no tengo nada que ver…!

—No he dicho que seas tú el traidor. Pero sólo hay un modo de saber quién es: os quiero aquí a los cuatro cuanto antes… Ya veremos quién es el traidor. De modo que llama a los demás y venid a la villa: tú, Moncho, Pancorbo y Pedro. ¿Está claro?

—Sí señor.

—Y una cosa, Camilo: el que no venga será por algo, ¿comprendes? Sería tanto como decir que él es el traidor. Y tú ya sabes que los traidores no pueden escapar de mí.

—No… No señor… Los llamaré a todos y les diré… les diré que tenemos que ir cuanto antes a la villa…

—No vengáis de uno en uno. Reuniros en un sitio, tomad uno de los coches, y venid juntos. ¿Entendido?

—Sí señor. Llegaremos lo más pronto posible.

—Pues eso es todo. Fuera.

Cortó la comunicación, y movió de nuevo el dial hasta conseguir la longitud de onda que localizaba al enlace entre la MVD en Centroamérica y los agentes afiliados de diversos países.

—‹Caimanes›llamando a ‹Mar›… ‹Caimanes›llamando a ‹Mar›… Cambio.

—‹Mar› a la escucha. Adelante, ‹Caimanes›.

—Doris ha llegado. Tuvo un pequeño tropiezo, que explicaremos con todo detalle y ya solucionado, dentro de pocas horas. Pasen aviso a quienes la buscan de que todo va bien.

—¿Cuál ha sido el tropiezo?

—La estaban esperando en el embarcadero… Pero estamos en

vías de solucionar ese asunto y obrar en consecuencia.

—¿Dónde está Doris ahora?

—Conmigo. ¿Quieren que ella misma se identifique?

—Éste es sólo un puesto de enlace, ‹Caimanes›. Pero que ella se ponga al habla, y enviaremos su mensaje a la base de Colombia. de donde partió. Dígale que hable en ruso.

—Entiendo… Buena idea, ‹Mar›.

Calatrava miró a Paulova, que lo miraba irónicamente.

—Quieren hablar con usted… en ruso.

—Ya lo he oído —sonrió fríamente la espía—. ¿Acaso le sorprende esta precaución?

—Hable —dijo el gordísimo, encogiendo los hombros.

—Aquí Doris —se puso el habla en ruso la rubia—, de servicio en Panamá. «Caimanes» está conmigo, y, salvo imprevistos que surjan en el careo con sus hombres, todo va bien. Pasen aviso a base de Colombia. Adviertan que Olav llegará un día más tarde de lo previsto.

—Conforme, Doris. ¿Por qué Olav llegará más tarde?

—Tuvimos que eliminar dos obstáculos. Luego Olav me acompañó hasta Panamá. Después regresó a la lancha y navegó hacia Punta Naranjas, donde ha debido tirar al mar los dos obstáculos, lejos de la bahía de Panamá previniendo que pudiesen salir a flote y fuesen encontrados antes de lo conveniente. El rodeo no es muy grande, pero retrasará a Olav.

—Conforme. Buena suerte.

Doris se apartó de la radio, cediendo su sitio a Calatrava.

—¿Todo conforme, ‹Mar›? —inquirió el gordísimo.

—Todo. Adelante, ‹Caimanes›. Fuera.

Calatrava apagó la radio y se volvió hacia la rubia.

—Todo está en marcha —dijo poniéndose en pie—. ¿Le apetece algo especial ahora?

—Un baño me sentaría bien.

—Lo comprendo. Le mostraré su habitación en la villa, naturalmente con cuarto de baño. Todos los cuartos de baño son grandes, y las bañeras poco menos que piscinas. Podrá bañarse magníficamente, a su satisfacción.

—Sin embargo, me gustaría nadar un poco en la piscina.

—No se lo aconsejo —sonrió irónicamente Calatrava.

—¿Por qué? ¿Acaso usted no se baña nunca en ella?

—No.

—¿Por qué? ¿No sabe nadar?

—Sé nadar. Puedo tirarme a esa piscina y mantenerme a flote el tiempo que sea necesario. Pero me resulta imposible subir por las escalerillas.

—Ah. Entonces ¿sólo la tiene de adorno?

—Más o menos. Desde luego si quiere nadar un poco en la piscina yo no tengo inconveniente. Pero tenga en cuenta que siempre puede haber un fallo en los mecanismos.

—¿Qué mecanismos?

—Los que abren la compuerta que comunica la piscina con el estanque donde están los caimanes.

* * *

Hacia las siete de la tarde Paulova Maloyef abrió los ojos y se quedó mirando a Raimundo Calatrava, que se hallaba junto a la cama e inclinado sobre ella, mirándola con ojos húmedos, jadeante la respiración… Los diminutos ojos parecían querer absorber toda la belleza de aquel magnífico cuerpo apenas cubierto por el diminuto bikini.

Los azules ojos de la rubia parecieron congelarse.

—¿Qué significa esto? —inquirió fríamente.

—Es usted tan bella… —jadeó Calatrava.

—Eso ya lo sabía. Salga de aquí inmediatamente.

—Déjeme contemplarla unos instantes más…

—Salga.

Uno de los manojos de salchichas se adelantó hacia aquel cuerpo prodigioso de perfección, de belleza, y apretó un seno. La voz del hombre sonó como en un trémolo viscoso:

—Podemos ser amigos, Doris… Soy un hombre rico…, muy rico, y sólo por tocarla ya le daría…

¡Plaf!

La bofetada resonó fuertemente en la habitación, pero la enorme cara de Calatrava apenas se movió, fue como darle una bofetada a un hipopótamo. Y como el manojo de salchichas insistía en palpar los pechos de Paulova ésta saltó de la cama por el otro lado,

llevándose una sábana con la que envolvió su bellísimo cuerpo.

—Salga de aquí, Raimundo, o lo mato.

—Si usted quisiera…

—Si quisiera dinero habría podido conseguirlo mucho antes… y de hombres menos repelentes. Le advierto que esto puede costarle el cese de sus buenas relaciones con la MVD. Estamos en pleno trabajo, no lo olvide.

—¿Y cuando termine el trabajo…?

—Cuando termine el trabajo tendría un gran placer invitando a sus caimanes a un gran banquete… Salga de aquí. Y no vuelva a entrar sin mi permiso expreso.

Calatrava pareció deshincharse un poco, y se frotó las diez salchichas que tenía por dedos, nervioso.

—Está bien… Ya hablaremos de esto más adelante. Ahora será conveniente que baje al jardín: tenemos al traidor.

—¿Lo tenemos? ¿Quién es?

—Uno de mis hombres, desde luego; el tal Pancorbo.

—Bien. Yo me encargaré de él.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Primero le interrogaré, y luego el amigo Pancorbo y yo haremos un pequeño viaje: un… paseo por la playa.

—Entiendo. Lo va a matar, ¿no?

—¿Qué otra cosa podríamos hacer con él? Espéreme abajo.

—Estaremos junto a la piscina, donde me vio esta mañana.

—De acuerdo.

* * *

Pancorbo era un hombre delgado, cetrino, de ojos castaños muy vivos, que en aquel momento se movían velozmente de un lado a otro, asustados. A ambos lados tenía a los demás hombres de Calatrava, que le apuntaban con sus pistolas. Calatrava estaba tendido en su sillón especial, mirando en silencio, con maligna expresión, al traidor de su bien montado grupo de espías panameños al servicio de la MVD rusa.

Paulova llegó allá, se sentó, y tras encender un cigarrillo se quedó mirando con fría fijeza al asustadísimo Pancorbo.

—¿Cómo lo han descubierto? —preguntó.

—Dilo, Pedro —señaló Calatrava a uno de sus hombres.

—Sí señor. Él…, Pancorbo, recibió la llamada de Camilo para que nos reuniésemos todos en la taberna de Totlicoatán, el mestizo. Pero no venía, y empezamos a pensar que le había ocurrido algo, así que fuimos a buscarlo a su pensión. Cuando estábamos allá sin que él apareciera llamaron por teléfono, y era una empleada del aeropuerto, que dijo que quedaba confirmada la reserva en el vuelo doscientos veinticuatro para el señor Luis Pancorbo, con destino a Honolulu. Entonces fuimos al aeropuerto, y llegamos a tiempo de atrapar a Pancorbo cuando estaba a punto de abordar el avión. Se nos escapó cuando salíamos del aeropuerto, pero lo volvimos a encontrar. Llevaba encima diez mil dólares.

—Buen trabajo, Pedro. ¿Quiere hacerle algunas preguntas a Pancorbo, Doris?

—Desde luego —asintió la rubia—. Pero quizás él quiera decírnoslo todo sin necesidad de que le preguntemos… ¿Sí, Pancorbo?

—Yo… no sé nada… Nada.

—No seas estúpido —gruñó Calatrava—. A ella quizá puedas engañarla, puesto que no te conoce, pero nosotros sabemos ya con toda seguridad que nos has traicionado. Será mejor que colabores ahora con nosotros, o te va a pesar mucho más de lo que crees.

—No sé nada… Sólo me iba de viaje…

—Claro. Y eso después de que Camilo te llamó para decirte que os teníais que reunir y venir aquí, siguiendo mis órdenes. Y tú, en lugar de obedecer esas órdenes, en cuanto Camilo te dice que tenemos un traidor te apresuras a intentar largarte con diez mil dólares que yo sé que no puedes tener tan a mano. Pero los tenías, los cogiste, y saliste a toda prisa camino nada menos que de Honolulu… ¿Alguna vez te ha parecido que soy tonto, Pancorbo?

—No… No señor.

—Entonces acepta un buen consejo y contesta la verdad a todo cuanto te preguntemos. ¿Vas a hacerlo?

—Sí señor, sí.

Pancorbo estaba aterrado, vencido, aplastado. Y la fría y dura mirada de Paulova Maloyef no contribuyó, precisamente, a levantarle el ánimo.

—Muy bien, Pancorbo —musitó—: ¿fue usted quien informó a

otras personas de mi llegada al embarcadero abandonado?

—Sí… Sí, fui yo… ¡Me obligaron!

—De eso hablaremos luego. ¿A quién le paso la información?

—A un hombre…

—¿Qué hombre, cómo se llama, de qué lo conocía usted?

—Lo… lo había visto algunas veces… por el puerto. Él me abordó el otro día y me dijo que me iba a dar diez mil dólares si le… le decía lo que estaba tramando yo con mis visitas al señor Calatrava…

—¿Sabía que trabajabas para mí? —exclamó el gordinflón—. ¿Qué sabía de mí?

—Creo que nada, pero… sospechaba algo. Me aseguró que él sabía muy bien que yo era un espía, que me tenían vigilado, y que no iba a vivir ni un minuto si no le decía lo que supiese respecto al señor Calatrava, ya que, al verme alguna vez por aquí, él sospechaba que el señor Calatrava era algo importante en el espionaje. Le dije que estaba equivocado, pero él me dijo que el equivocado era yo, y me prometió diez mil dólares, un pasaporte y la inmunidad si yo le ayudaba. O esto o me iban a meter unas cuantas balas en la barriga allí mismo. Y me advirtió que si les engañaba en algo él y sus compañeros sabrían encontrarme luego.

—¿Quiénes son sus compañeros?

—La… la CIA.

—¡La CIA! —chilló Calatrava—. ¡Maldito, te voy a…!

—Cálmese, Raimundo —exigió Paulova—. Deje que Pancorbo siga hablando.

—¡Pero el muy puerco nos ha vendido a la CIA!

—No señor —tembló la voz de Pancorbo—. Aquel hombre no estaba seguro de nada, de modo que yo me puse firme en decir que usted no era nadie en estos asuntos de espionaje, y que si le había ido yo a visitar era porque teníamos un poco de amistad, y que a veces hacía trabajos de negocios honrados con usted…

—¿Y se lo creyó? —gimió el gordo, sudando de angustia.

—Creo que sí. Además yo le dije que si bien no podía decirle nada respecto a usted sí podía decirle alguna otra cosa. Lo hice para que confiase en mí y no se metiese con usted, señor Calatrava.

—Eso estuvo bien —suspiró éste.

—¿Qué le dijo al hombre de la CIA? —inquirió Paulova.

—Le dije… Bueno, él quería sacar algo de mí, me iba a matar… Le dije que una espía rusa llamada Paulova Maloyef llegaría por el embarcadero viejo…

—Entiendo —deslizó gélidamente la rubia—: si ese hombre me mataba a mí tú habrías cumplido con él, y nadie molestaría al señor Calatrava… ¿No es así?

—Sí… Y él me dijo que no abandonase Panamá hasta que me lo ordenase, y que me daría el pasaporte. El dinero me lo dio poco después, en un bar. No sé de dónde lo sacó… Me llevó allí, y, de pronto, me dio el dinero y me dijo que no me moviese. Y fue a llamar por un teléfono que teníamos muy cerca.

—¿Oíste algo de lo que habló? —Gruñó Calatrava.

—Yo estaba asustado… No quería comprometerlo a usted…

—No intente congraciarse solamente con Calatrava —espetó rudamente la rubia—. Yo soy tan peligrosa como él, o más, y estoy entendiendo que usted, para salvar su pellejo y largarse de Panamá con unos cuantos dólares, me estaba vendiendo.

—Yo no la conocía…

—¿Qué importa eso? Me vendió, eso es lo cierto… ¿Cómo se llamaba aquel hombre?

—No lo sé… ¡Se lo juro! Espere, espere… Dijo que si no era él quien me entregaba oportunamente el pasaporte lo haría alguien que se presentaría a mí de parte de Simón.

—De acuerdo, llamaremos Simón a ese hombre. ¿Era joven, alto, atlético, guapo…?

—Sí… Sí, sí.

—¿A quién llamó?

—Preguntó si allá era el Hotel Miraflores… Entonces dijo que quería hablar con una mujer…, una mujer que tenía un nombre francés… Brigitte. Sí, creo… creo que dijo Brigitte.

—¿No dijo el apellido?

—Sí, sí, pero yo no lo entendí… Lo que sí entendí fue el número de la habitación: la dieciséis.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Anteanoche.

—¿Fue cuando tú le dijiste el nombre de ella? —inquirió Calatrava—. De Paulova Maloyef quiero decir.

—No… Yo… yo le había dicho eso ya hacía… hacía tres días…

Pero él quiso darme tiempo para que me convenciese de que sería malo para mí mentirle. Y anteanoche me entregó el dinero y me dijo… me dijo todo eso del pasaporte, pero que no me marchase hasta que él me lo permitiera, porque de lo contrario cuando llegase a cualquier sitio él ya lo sabría y me estaría esperando… para matarme.

—La CIA aprieta las clavijas, ¿eh? —sonrió duramente la espía rusa—. Está bien, Pancorbo, ya no tienes por qué preocuparte de nada. Ese tal Simón de la CIA, y su amiga llamada Brigitte, fueron a esperarme y… Bueno, te aseguro que no debes tener ninguna preocupación por lo que ellos puedan hacerte en el futuro. Todo ha salido mejor así, a fin de cuentas. Lo peor habría sido que hubieses delatado al señor Calatrava. Entonces ya estaríamos todos en apuros… Pero yo conseguí escapar de aquella trampa y ahora nadie sabe dónde estoy ni sospechan del señor Calatrava.

Éste miró nerviosamente a todos lados.

—Quizá sí sospechen, y me estén vigilando… —Se inquietó.

—Si le vigilasen yo los habría visto. Pero aunque yo no los hubiese visto a ellos, y ellos a mí sí, han pasado ya ocho horas desde que llegué… Demasiado tiempo para que la CIA no haya intentado ya meter sus narices aquí. Así que tranquilícese. Por fortuna sólo fueron a por mí, y yo escapé. Antes me explicó usted el plan, yo estuve de acuerdo, y sólo tenemos que esperar a Sergei Saborin para enviarlo de nuevo a Cuba y así quedaremos tranquilos para actuar. Cálmese pues, Raimundo.

—Sí… Bueno, es muy razonable lo que dice, realmente…

—Absolutamente razonable. Aparte, mis noticias respecto a usted indicaban que era un hombre mucho más sereno, menos… preocupado por las contrariedades.

—¿Sí? Pues ya me gustaría verla a usted actuando contra la CIA o escondiéndose de ella.

—Llevo haciéndolo unos cuantos años —sonrió despectivamente la rubia—. Y siempre he salido bien librada, como ocurrió con el tropiezo de anteanoche con esos dos agentes llamados Simón y Brigitte. Los dos están ahora en el fondo de la fosa cercana a Punta Naranjas…, y yo estoy aquí.

—Admito que me he puesto nervioso —farfulló el gordísimo—. Pero sé que cuando empiezan las traiciones nada puede acabar bien.

—Este asunto acabará bien. Y para que nadie se fije en usted, ni le vigilen, ni sospechen, yo dirigiré personalmente la marcha hacia la esclusa de Miraflores. No le necesito, Raimundo.

—Es un terreno muy pesado y difícil…

—Razón de más. Sus… características físicas le hacen poco apto para moverse por semejantes lugares.

—En un jeep…

—¿Está loco? —exclamó Doris—. ¡Nadie va a viajar en jeep en una situación como ésta! Iremos a pie hasta la esclusa de Miraflores sus hombres y yo. Y nos moveremos en silencio, con discreción y con rapidez… Usted se quedará aquí a la expectativa.

—Pero el plan era que yo fuese acompañándola a usted hasta la esclusa para volarla…

—Los planes se cambian de acuerdo a los mandatos de las circunstancias. ¿Nunca aprendió eso?

—No sé qué hacer…

—Mire, Raimundo, usted y sus hombres, en realidad, son simples aficionados. Yo soy una profesional del espionaje y del sabotaje. Por motivos políticos, a fin de provocar una nueva rebelión de los panameños, tenemos que volar la esclusa de Miraflores, a pocos kilómetros de aquí. Si la volamos los panameños protestarán y gritarán…, y nuestros agentes subversivos alentarán una vez más esa rebelión. Entonces, lo que ocurra después ya no es cuenta suya, Raimundo. Posiblemente ni siquiera es cuenta mía. Pero sí es misión de los dos, de acuerdo al plan que usted preparó siguiendo esas instrucciones, volar esa esclusa. Dadas las circunstancias opino que lo inteligente es que usted permanezca en su villa reposando su gordura y comiendo piñas… Mientras tanto sus hombres y yo iremos a pie a la selva, llegaremos a la esclusa con la carga de explosivos, la colocaremos, volaremos la esclusa…, y regresaremos. Si le están vigilando a usted la coartada no podrá ser más perfecta y completa. Si no le están vigilando ocurrirá que se habrá ahorrado un largo, pesado, estúpido y caluroso viaje en jeep. Una vez volada la esclusa y parte del Canal yo regresaré aquí, y, en el acto, emprenderé el regreso a Colombia. Todo terminado. Fin. Enhorabuena.

—Lo pinta usted muy fácil y agradable.

—Así saldrán los planes —miró Paulova sonriente a los hombres

del gordísimo—. ¿No es cierto, Camilo, Pedro, Moncho…?

Los tres panameños sonrieron alegremente.

—Parece que se puede hacer —asintió Moncho.

—Yo creo que es lo mejor —aceptó Pedro.

—Y yo —admitió Camilo.

Calatrava miró a Satán, que se acurrucaba junto a las fantásticas piernas de la rubia, gimiendo mientras ésta le rascaba detrás de las orejas.

—Bien, acepto el plan —susurró—. Parece que es el mejor.

—Todo arreglado, entonces —dijo Doris—. Ahora sólo falta que Sergei Saborin aparezca por aquí, para decirle que fue una falsa alarma y que debe regresar a Cuba. Luego actuaremos.

—Falta otro detalle —deslizó Calatrava—: el amigo Pancorbo.

—Señor Calatrava —gimió el traidor—, yo lo hice por usted, no quise comprometerlo, le ayudé…

—No seas necio, Pancorbo.

– ¡Lo hice por usted, no quise que le ocurriese nada malo!

—Yo me encargo de él —dijo Doris.

—No es necesario que se moleste —sonrió cruelmente Raimundo Calatrava—: el asunto Pancorbo está ya solucionado.

Hizo unas señas a los demás, y Pancorbo fue empujado violentamente y por sorpresa a la piscina. Su cuerpo se hundió en el agua con fuerte chapoteo.

Cuando su cabeza emergió Pancorbo empezó a gritar y a llorar, nadando con todas sus fuerzas hacia una de las escalerillas, desesperado. Se aferró a ella, empezó a subir…, y uno de los pies de Moncho le golpeó en la boca, echándolo de nuevo al agua, mientras Pedro y Camilo corrían hacia la otra escalerilla.

—¡No! —chillaba Pancorbo—. ¡No! ¡NOOO…!

Paulova Maloyef miraba a Calatrava con el ceño fruncido, pero éste sonreía muy divertido. Uno de sus hinchados pies se posó sobre una de las losas de la terraza que rodeaba la piscina, junto a él, y apretó…

—Tengo un sistema especial para deshacerme de un cadáver —dijo festivamente—, así que le voy a ahorrar trabajo a usted, Doris. Nada de caminar por la playa, meterle unas balas en su cuerpo vil, y que más adelante el cadáver aparezca un día u otro en cualquier lugar. No, no, no. Ya verá como no queda ni rastro de Pancorbo.

Éste nadaba hacia la otra escalerilla, a la que se aferró con las dos manos, con tanta fuerza que Camilo y Pedro tuvieron que golpearle repetidamente con los pies para empujarlo de nuevo al agua…, cuyo nivel había descendido visiblemente, hasta el punto de que ya Pancorbo no podía ni siquiera alcanzar la escalerilla.

Muy pronto, unas crestas verdosas, unos ojos saltones e impávidos, unas larguísimas mandíbulas de color tierra aparecieron en la superficie deslizándose con escalofriante suavidad hacia el desdichado, cuyos gritos expresaban una angustia terrible, palpitante de pánico mortal. Pero las cuatro crestas escamosas, duras, córneas, se acercaron velozmente a él, para desaparecer pronto bajo el agua. Pancorbo quedó solo en la piscina, paralizado de terror, mudo de miedo, de agonía… De repente lanzó un grito y desapareció bajo el agua. Volvió a salir, pero muy brevemente, rodeado de un par de colas de caimanes. Hubo un chapoteo más fuerte y violento… Luego nada.

El silencio.

Las aguas se iban juntando, suavizando aquel pequeño remolino que se había formado, hasta que desapareció completamente. Un color rojo desteñido apareció en la superficie…

Raimundo Calatrava mordió una naranja, con piel y todo, tranquilamente, mirando a la palidísima espía rusa. Comentó:

—Ya le dije que no era aconsejable nadar en esa piscina.

Paulova Maloyef se dejó caer en uno de los sillones, lívida… Encendió con manos temblorosas un cigarrillo y se quedó mirando al cielo como si esperase encontrar allá un remedio a sus náuseas.

—Parece impresionada —rió el gordísimo.

Ella le miró como si Calatrava fuese más repelente que una babosa marina.

—Raimundo —murmuró—, hace dos noches maté a esa Brigitte y al hombre que la acompañaba, el tal Simón. Tiré a matar, les vi hundirse en aquellas aguas sombrías, estuve luego mirando sus cadáveres, le ordené a Olav que fuese a tirarlos a la fosa, mar adentro… Pero lo que he visto hoy espero no volver a verlo en el resto de mi vida.

—Tómeselo con calma. Al fin y al cabo no es usted quien ha ido a parar a esos cuatro pares de mandíbulas. En cuanto a Pancorbo le aseguro que no quedarán de él ni los huesos. Nadie lo encontrará

jamás. Su desaparición será total, absoluta… ¿Por qué complicarnos la vida dejando un cadáver que más pronto o más tarde sería encontrado?

—Sí…Quizá tenga razón. Pero creo que cualquier persona normal no puede por menos de estremecerse ante… ante ese… ese… espectáculo.

—Usted no es normal. Es una espía, ¿recuerda?

—Claro… Sí, lo recuerdo. Y ya que mencionamos eso me gustaría saber más cosas de esa Brigitte, la bonita morena que maté en el embarcadero.

—Estaba pensando enviar allá a Camilo para que hiciese algunas averiguaciones.

—Hotel Miraflores, suite16… Yo iré con Camilo. Creo que en ese aspecto podré actuar con más eficacia que él.

—No lo dudo, desde luego. Estoy seguro de que conseguirá enterarse de muchas cosas interesantes referentes a esa agente de la CIA llamada Brigitte.

* * *

—¿Brigitte Montfort? Sí señor, está alojada aquí.

—Quisiera verla. Por favor, anúncieme. Mi nombre es Frank Minello, y la señorita Montfort y yo somos grandes amigos. Dígale que está aquí el bobo de Frank, y ella comprenderá.

El conserje del Hotel Miraflores sonrió amablemente.

—Con gusto lo haría, señor, pero la señorita Montfort no está en el hotel.

—¿Dónde está?

—No lo sabemos, señor. Ella se fue hace dos días, más o menos a esta hora, y no la hemos vuelto a ver. Precisamente estábamos pensando en avisar a la Policía…

—¿Por qué?

—Bueno… Ella llevaba muy poco equipaje, y su valor, teniendo en cuenta que éste es el hotel más lujoso de Panamá, no compensa los tres días que… Oh, y claro, ella es una persona… desaparecida, a la que habría que encontrar.

—Claro —masculló Frank Minello—. ¿Puedo contar con una habitación para mí?

—Sí, señor. Le daremos…

—Lo mismo da una que otra. Y en cuanto a los gastos de la señorita Montfort no se preocupe por ellos.

—Ella ocupa la mejor suite de todo el hotel. Es muy exigente, señor.

—Lo sé. Cárguelo todo en mi cuenta. ¿Ha dicho suite dieciséis?

—Sí señor.

—¿Y la mía?

—La… veintiséis. Tiene vistas a la bahía… ¿Le parece bien, señor?

—Muy bien. Que suban mi maleta. Yo subiré sin compañía, si no le importa.

—Por supuesto que no, señor.

Frank Minello asintió con la cabeza, miró a su alrededor, como un espía barato, y se dirigió hacia la escalera.

Poco después se detenía ante la puerta de la suite dieciséis. Miró a ambos lados del pasillo, sacó una ganzúa, la introdujo en la cerradura, la giró…, y la puerta se abrió.

Entró rápidamente, cerró la puerta, se apoyó de espaldas en ella, y sacó la pistola de la funda sobaquera.

Capítulo IV

—Brigitte —llamó quedamente. Silencio.

Tras unos segundos de espera Frank Minello sacó el bolígrafo que le había regalado Brigitte tiempo atrás; un bolígrafo que además era linterna. Diminuta, claro está, pero suficiente para disipar aquellas tinieblas de la cerrada serie de habitaciones.

Lentamente el delgado haz de luz fue recorriendo el saloncito de la entrada. Un sofá, sillones, consola, flores, un espejo, sillas, un ventilador anacrónico, ya que el Hotel Miraflores contaba actualmente con refrigeración central, un bar, la entrada al…

El pequeño círculo de luz regresó hacia el bar. Era un pequeño mostrador brillante y limpio, de madera plastificada, ligeramente curvado. Y sobre él, una copa… Frank Minello se acercó sigilosamente, conteniendo su nerviosismo, lista la pistola. Y entonces el círculo de luz cayó de lleno sobre la copa, iluminándola completamente, perfectamente.

Una copa de champán, en cuyo fondo se veía, agigantada, la forma roja de una guinda. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Frank Minello… ¡Champán con guinda! ¡La bebida favorita de Brigitte! Pero al instante la congoja apresó el corazón del reportero deportivo… Aquella copa podía estar allí desde hacía dos o tres días, o más… Cualquiera sabía cuánto tiempo. En tal caso la alegría no estaría justificada.

Con la mano derecha tomó la copa lentamente, como si temiera tocarla. Enseguida sus dedos notaron el frío del champán. Pero… también eso podía ser imaginación. Quizá le parecía que el champán estaba frío y no era así. Quizás él quería creer que el champán estaba frío y en realidad estaba caliente… Pero había otro medio de saber si el champán llevaba allí dos días o unos pocos minutos. Alzó la copa y lo probó… Estaba sencillamente estupendo… ¡Y además era Perignon 55! No estaba desbravado,

sino con toda su potencia, fresco, recién escanciado en la copa.

—Brigitte —llamó cariñosamente—. ¿Dónde estás? Sé que estás cerca y…

De pronto, a su izquierda, vio un fogonazo justo donde antes había visto la puerta que debía de dar al dormitorio. Y simultáneamente con la visión del fogonazo la copa estalló entre sus dedos, salpicándolo de cristales y champán y magullando dolorosamente su mano.

Orientó la pistola hacia allá y apretó el gatillo.

Sólo se oyó, como antes, el apagado «plop» de su pistola, tan silenciosa como la que había disparado contra él, y un ruido, un chasquido característico de madera astillada. Casi al instante otro fogonazo brotó de la pistola atacante, y Frank Minello oyó el zumbido de la bala por encima de su cabeza antes de clavarse en la pared.

Volvió a disparar contra la puerta mientras corría hacia la salida de la suite.

Estaba a menos de cinco pasos de ésta cuando se abrió y un hombre apareció en el umbral, como una sombra extraña, inquietante…

—¡Doris, deje que…! Plop.

La bala pasó por un lado de Frank Minello, rozando uno de sus brazos, y se clavó sordamente en el cuerpo del hombre recién aparecido. Éste cayó de bruces, y el periodista deportivo pasó por encima de él, pisándole la cabeza rudamente, hacia el pasillo, y atrayendo la puerta tras él, de modo que quedó cerrada.

—Aaahhggg… —gimió el herido.

La puerta del dormitorio se abrió, y una silueta femenina corrió hacia el hombre. La mujer se arrodilló a su lado, y en su mano izquierda apareció una luz que dio de lleno en el rostro masculino.

—Camilo, ¿está loco? —masculló.

—Oí… los disparos con… silenciador… y quise… ayudarla…

—¡Ayudarme! ¡Lo ha echado todo a perder! Ese hombre estaba armado, y por eso adopté tantas precauciones… ¡Y cuando lo tengo de espaldas y disparo contra él aparece usted y le acierto…! ¿Dónde le he dado?

—En un costado… No es nada de importancia.

—Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente. Es posible

que ese hombre sea de la CIA y esté buscando a esa Brigitte, igual que nosotros…

—¿Encontró… algo en su dormitorio?

—Claro que sí. Parece que se llamaba Brigitte Montfort y que trabajaba para un periódico de Nueva York llamado Morning News. Pero he visto un curioso maletín con algunas cosas muy interesantes… Evidentemente esa Brigitte Montfort era una agente secreta… de la CIA, por supuesto. ¿Podrá caminar o no?

—Sí… Lo intentaré… Creo que sí podré.

—Pues en marcha.

—Esperemos que no haya cerrado la puerta con…

—¡Nada de la puerta! Si ese hombre era de la CIA no habrá venido solo. Habrá muchos más abajo… Sólo podemos salir por la ventana del cuarto de baño, hacia el patio interior, y de allí a la Avenida de Gálvez y Soto… He examinado aquello… ¿Podrá descolgarse por una cañería?

—Sí, sí…

—¡Pues démonos prisa! Ya sabemos lo que nos interesaba de esa Brigitte Montfort, de modo que desaparezcamos cuanto antes… ¡A estas alturas no podemos permitir que la CIA nos vea siquiera!

* * *

Afuera, en el pasillo, Frank Minello consultó una vez más su reloj mientras su mano derecha permanecía hundida en el bolsillo de la chaqueta, empuñando la pistola. Sus oscuros ojos estaban fijos en la puerta de la suite 16… Pero de eso hacía ya rato, y nadie parecía tener intención de salir por allí.

Fruncido el ceño decidió que ya había esperado bastante. Fue a la puerta y la empujó suavemente. La acabó de abrir de un golpe, quedando a un lado, pero nada sucedió. Esperó durante un minuto, y luego, velozmente, se tiró dentro de la suite, lista la pistola, a pesar de que tenía la seguridad de que nada iba a ocurrir.

Y así fue. Nada ocurrió.

Se puso en pie, siempre vigilante, y volvió a encender la pequeña linterna. Dejó escapar un gruñido, fue hacia el interruptor, lo accionó, y cerró la puerta.

Lo primero que vio al volverse fue la copa destrozada en el suelo

y sobre el bar. La guinda había quedado sobre el pequeño mostrador, abandonada… Luego, más cerca, casi junto a sus pies, vio aquellas pequeñas manchas de sangre, y suspiró contenidamente al comprender lo ocurrido: la persona que le había disparado desde el dormitorio había herido al hombre que estaba afuera y que entraba en aquel momento. Como consecuencia él había conseguido escapar ileso…

No era natural que en un apartamento en el cual él había dejado a un hombre herido y a otro sano no se viese a nadie entonces. Estaba claro que habían escapado, por un sitio u otro…

Por la ventana del cuarto de baño. Lo supo poco después, cuando la encontró abierta, y, al mirar por ella hacia el exterior, vio el gran canalón de desagüe que llegaba hasta el patio.

Regresó al saloncito, malhumorado, y se quedó mirando la guinda que había quedado sobre el mostrador. La cogió, se la echó a la boca, y salió de la suite.

A los pocos segundos aparecía de nuevo ante el conserje, que apenas verlo abrió la boca dispuesto a decir algo. Pero Frank Minello fue más rápido que él, espetándole secamente:

—¿Quién subió el champán a la señorita Montfort?

—¿Champán? —se asombró el hombre.

—Con guinda. ¿Cuál es el camarero que…?

—Hay bar en las suites de lujo, de modo que no es preciso movilizar el servicio de camareros para pedir cualquier bebida. ¿Ocurre algo, señor?

—No… No sé.

—Le he llamado hace unos minutos a su suite y no contestaba.

—Estuve llamando a la puerta de la dieciséis, por si la señorita Montfort estaba allí… ¿Qué quería usted?

—Recordé de pronto que ella dejó un sobre…

—¿Para mí?

—No señor… Bueno, no lo sé. La señorita Montfort lo dejó hace dos noches, antes de marcharse. Dijo que vendría un amigo a recogerlo, posiblemente. Pero no mencionó su nombre, señor Minello.

—No importa, no importa… Ella me estaba esperando —mintió el periodista—, de modo que ese sobre debe de ser para mí. Démelo, por favor.

El empleado se lo entregó, y Frank se apresuró a abrirlo. Dentro había un papel con un mensaje escrito que no sólo era simple, sino en verdad muy poco explicativo para Frank Minello.

Decía:

LUIS PANCORBO. MUELLES. Eso era todo.

Frank se volvió hacia el conserje, decepcionado.

—¿No dejó nada más?

—No señor. Recordé esto hace unos minutos, y…

—Sí, sí… Está bien. Gracias. ¿Conoce usted a un hombre llamado Luis Pancorbo?

—¿Pancorbo? No señor… No recuerdo ese nombre.

—Bien… Creo que voy a salir esta noche. No sé a qué hora volveré, pero si alguien preguntase por mí, en especial la señorita Montfort, dígale que regresaré… cuando pueda.

—Sí señor. ¿Le digo que le espere?

Frank Minello estuvo a punto de soltar una risita de burla hacia sí mismo.

—Dígale que Frank Minello ha llegado. Ella sabrá lo que tiene que hacer…, o lo que quiere hacer. Y para que no se olvide de todos estos recados tenga este recordatorio.

Entregó un billete de cien dólares al conserje, que se quedó viendo visiones. Luego salió del Hotel Miraflores, bajó a la acera, y se quedó mirando el ruidoso tráfico teñido de colores de los anuncios luminosos. Encendió un cigarrillo, esperando hasta que vio un taxi. Le hizo una seña, el taxi se detuvo, y Minello se coló dentro.

—¿Adónde? —preguntó el taxista volviéndose.

—No sé.

—¿No sabe? ¿Turista? ¿Quiere que le lleve a algunos sitios muy interesantes? Puedo…

—No he venido de juerga. ¿Sabe dónde están los muelles?

—Más o menos —sonrió el hombre.

—Pues lléveme allá. Y por si le interesa le diré que estoy dispuesto a pagar mil dólares a la persona que me diga dónde está Luis Pancorbo. Me llamo Minello y estoy en el Miraflores… ¿*Okay*?

—*Okay*. Demonios… ¡Mil dólares!

Capítulo V

—Fue una gran torpeza la tuya, Camilo.

—Lo siento, señor Calatrava… Me pareció que Doris podía estar en apuros, y entré en la suite.

—Muy loables intenciones —gruñó Calatrava—. Pero ella te había dicho que esperases afuera vigilando, no que entrases.

—¡Estuve vigilando! Y vi al tipo aquel entrar en la suite dieciséis. Pensé que Doris podría dominar la situación, y que me llamaría cuando fuese el momento. Pero estaba con el oído pegado a la puerta, y oí disparos de dos armas. Eso quería decir que el tipo había conseguido reaccionar, y pensé que ella agradecería mi ayuda.

—Pues ya ves —rió ahora Calatrava—: te manifestó su agradecimiento metiéndote una bala en un brazo. Y menos mal que la bala ha salido y que no rompió ningún hueso… Has tenido suerte, a pesar de todo.

—Suerte que no merece —deslizó fríamente Paulova Maloyef—. No sólo se nos escapó el hombre, sino que pude haberlo matado a usted, por torpe, por precipitado. Y a buen seguro que de no haberlo derribado yo con mi disparo aquel tipo se lo habría quitado de delante a balazos en las tripas.

—Todavía tendré que estarle agradecido —refunfuñó Camilo, hoscamente—. Me mete una bala en el cuerpo por fallar un disparo y aún deberé estar contento.

—Deberías estarlo —se burló Calatrava; pero de pronto su gesto se nubló—. ¿Quién sería aquel tipo, Doris?

—Yo creo que sólo hay una respuesta a eso.

—¿CIA?

—Naturalmente. Están buscando a Brigitte Montfort. Vi algunos documentos suyos… Y vi un maletín muy interesante conteniendo cosas que me hicieron comprender que la chica morena que maté

en el embarcadero, la cual suponemos que es esa Brigitte a menos que los muertos cambien mucho…

—¿Qué, qué, qué…? —cortó Calatrava.

—Si los muertos no cambian de rostro la chica que matamos Olav y yo en el embarcadero abandonado era Brigitte Montfort.

—¿Cómo lo sabe?

—Está usted olvidando que Olav recuperó el cadáver de la chica y del hombre que estaba con ella. Les vi los rostros a ambos. Y el de la chica era el mismo que vi en uno de carnés de documentación de Brigitte Montfort.

—Entiendo.

—Por eso digo que si los muertos no cambian de rostro, y naturalmente que no cambian, resulta que la mujer que matamos en el embarcadero era Brigitte Montfort. El hombre sigue llamándose Simón, para nosotros, y no sabemos nada más…, aparte de que los compañeros de esa Brigitte y de Simón los están buscando, lo cual me parece muy natural… y muy conveniente.

—¿Por qué conveniente?

—Si los buscan por aquí, por Panamá, es que no saben que fueron al embarcadero. Posiblemente ni siquiera saben lo que Brigitte Montfort y Simón estaban intentando… Ellos dos no debieron de tener tiempo de avisar a sus compañeros de la CIA.

—Eso sería estupendo.

La rubia alzó los hombros y encendió un cigarrillo.

—Debemos aferramos a esta estupenda posibilidad. Pero de un modo u otro, mientras tanto, seguiremos adelante con nuestro plan… ¿Tiene ya los explosivos?

—Desde luego.

—¿Los detonadores, las mechas, el mecanismo de tiempo?

—Todo. Sólo hay que llevarlo allí, colocarlo en las esclusas de Miraflores, y regresar.

—Bien. No sé… No me parece prudente salir de noche. ¿Qué opina usted?

—La selva no es demasiado espesa hasta allá, pero eso debe decidirlo usted, puesto que yo voy a quedarme aquí.

—¿Cuánto tiempo tenemos de aquí a la esclusa?

—Son unos quince kilómetros de camino no muy bueno… Y a pie… Pongamos seis o siete horas. Mucho tiempo y mucha fatiga.

Por eso tenía pensado lo del jeep… ¿Qué hay, Jaime?

Jaime, o Jaimito, o Mito, acababa de aparecer ente ellos procedente de las verjas de la villa. Doris, Calatrava, Camilo, Moncho y Pedro estaban reunidos en la pérgola, siempre hundido el gordísimo en su sillón especial. Encima tenían un par de luces rojas tenues pero suficientes para una perfecta visibilidad.

A su alrededor la noche dejaba oír el sonido de sus insectos, y de cuando en cuando una luciérnaga dejaba como una pincelada de luz en el aire.

Jaime señaló hacia atrás al hombre que todos veían casi al mismo tiempo que a él.

—Acaba de llegar, y me ha dado la contraseña.

El hombre se adelantó. Alto, fuerte, de frente despejada, ojos oscuros, fríos, boca dura, de gesto áspero.

Se quedó mirando a Calatrava fijamente.

—¿Calatrava?

—Yo soy, sí.

—Soy Sergei Saborin. —Se volvió hacia la rubia Doris—. ¿Tú eres Paulova Maloyef?

—Sí. Te has retrasado, Sergei Saborin.

—Tuve una avería en la lancha… ¿Quiénes son éstos?

—Mis hombres —aclaró Calatrava, señalándolos—. Camilo, Pedro, Moncho, y Jaime el que le ha recibido. Son los que han de llevar los explosivos a la esclusa y colocarlos.

—Ya hablaremos de eso. —Miró de nuevo a Doris y habló en ruso—. Entendimos que habías tenido un tropiezo.

Doris sonrió secamente y contestó, también en ruso:

—Lo tuvieron otras personas, no yo. Dime una cosa, Sergei: ¿de dónde vienes exactamente?

—De Cuba.

—¿Con qué objeto?

—Sustituirte, ya que se nos informó que no aparecías en tu lugar de trabajo a su debido tiempo.

—¿Por medio de quién recibiste esa información?

—Por uno de los enlaces de Centroamérica. —De pronto el ruso sonrió divertido—. ¿Estás interrogándome para convencerte de que yo soy en efecto Sergei Saborin?

—Exactamente. Y el motivo es simple: no te conozco.

—Yo tampoco a ti.

—Entonces pregunta lo que quieras hasta convencerte.

—¿Puedo saber de qué demonios están hablando? —Gruñó Calatrava. Saborin lo miró críticamente, todavía asombrado ante aquella corpulencia.

—Paulova y yo estábamos cambiando cumplidos —explicó.

—¡Cumplidos! Yo creo que no estamos aquí para eso. Hay un trabajo que hacer, pero está ya solucionado. Lo mejor sería que se volviese directamente a Cuba… ¿Ha cruzado el Canal?

—Naturalmente.

—¿Con documentación falsa?

—¿Usted qué cree? —rió el ruso.

—No haga preguntas idiotas, Raimundo —dijo Doris—. Es obvio que Sergei ha pasado por el Canal con documentación falsa. ¿Qué esperaba?

—No sé… Bien, de todos modos creo que él debe desaparecer de aquí inmediatamente, íbamos a llamar a Cuba para que le avisasen, Saborin, y no tuviese necesidad de llegar hasta Panamá, pero nos pareció que usted no podría recibir luego el mensaje, de modo que nada se ganaba llamando a Cuba.

—Debieron hacerlo. En la lancha llevo una emisora capaz de alcanzar hasta allí. Habría recibido el mensaje.

—Lástima no haberlo sabido… Pero no se ha perdido gran cosa. Regrese, y eso es todo.

—No voy a regresar tan fácilmente. Deberé permanecer en Panamá por lo menos durante esta noche. Y para el día siguiente la esclusa y parte del canal ya estará destruido, de modo que no podré hacerlo por mar a menos que cruce los sesenta y pico de kilómetros del istmo, cosa que no me gusta. Y debido a ello lo tengo ya solucionado.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Un helicóptero. El helicóptero que trae para acá a dos compañeros expertos en sabotajes que salieron de Cuba más tarde que yo, de modo que calculo que todavía tardarán en llegar un par de horas.

—Pero un helicóptero es demasiado espectacular…

—No, no… Ellos no llegarán a Panamá en helicóptero, sino que se descolgarán de él al mar, provistos de una balsa hinchable. Luego

remarán hasta el punto convenido, y allá los recibiremos.

—¿Cuál es ese punto?

—Caleta Blanca. ¿La conoce?

—Supongo que no ha venido a enseñarme la geografía de mi país, Saborin. Caleta Blanca está cosa de medio kilómetro al norte de la ciudad. No es lugar muy agradable, todo son rocas blancuzcas, ásperas…

—El sitio ideal para que no haya nadie allí —sonrió Saborin—. ¿No le parece?

—Está bien, está bien… Pero hay algo que no entiendo: ¿por qué vienen esos dos expertos en sabotajes?

—Hemos… interpretado que se están encontrando algunas dificultades para la voladura de esa esclusa.

—¿Y…?

—Y entonces hemos decidido hacerlo todo nosotros mismos. Paulova, yo y nuestros dos compañeros nos encargaremos del asunto. Usted sólo tendrá que facilitarnos un guía que nos lleve allá por el camino más rápido y seguro. Efectuaremos la voladura y desapareceremos. Paulova regresará a Colombia y mis compañeros y yo a Cuba. Eso es todo.

Raimundo Calatrava no pudo ocultar su disgusto.

—¿Y para eso me han estado fastidiando tanto? —Gruñó. Ahora la sonrisa del espía ruso fue dura como acero.

—Tendrá que perdonarnos… Según parece hemos errado al considerar que, trabajando para nosotros, no tenía por qué discutir las nuevas órdenes.

El gordísimo se mordió los labios y palideció.

—Entiendo… Tiene razón, Saborin, y… Bueno, de acuerdo: se hará lo que ustedes ordenen, naturalmente.

—Muy agradecido. Aclarado esto sólo queda esperar a los dos expertos que llegarán en helicóptero. No tenemos demasiado tiempo, ya que es posible que lleguen antes de lo previsto y habrá que estar en el lugar convenido con anticipación, pero… ¿qué tal si me informan con exactitud de todas las contrariedades surgidas?

—Yo lo haré, Sergei —se ofreció Doris—. Y podemos hacerlo en el camino.

—¿En el camino?

—Si no tienes inconveniente iré contigo a recibir a nuestros

compañeros. Cuando lleguemos allá lo sabrás todo con perfecta exactitud, y para cuando los cuatro hayamos regresado aquí en busca de los explosivos y del guía nos habremos puesto ya de acuerdo.

Sergei Saborin miró admirativamente a la preciosa rubia.

—Magnífico, Paulova. Salgamos inmediatamente, ya que todo tenemos que hacerlo a pie y el tiempo vuela.

—Puedo prestarle un coche —ofreció Calatrava.

—No interesa —rechazó Saborin—. Nada de vehículos con matrículas, o marcas, o colores… Nada de nada. Tenemos tiempo de ir a pie, y eso haremos… ¿De acuerdo, Paulova?

—Completamente de acuerdo.

La rubia se puso en pie, y Saborin la imitó inmediatamente. Se despidieron, y Jaime los acompañó hasta la verja. Cuando regresó los demás estaban sombríos, silenciosos.

—Bueno —sonrió Jaime—, a fin de cuentas nosotros salimos ganando. Ellos pagan, hagamos o no el trabajo. Ya se las arreglarán si quieren correr todos los riesgos.

—Uno de nosotros correrá riesgo —deslizó Moncho.

—¿Quién?

—El guía que los lleve a la esclusa.

—Ah, es cierto…

Los cuatro hombres se miraron, expectantes. Por fin todos dirigieron sus miradas a Calatrava. Éste alzó una de sus manos de salchichas y decidió salomónicamente:

—Hacedlo a suertes.

* * *

—No estamos yendo hacia Caleta Blanca —dijo Doris, ya en la ciudad—, sino hacia los muelles.

—Sí… Tengo que ir allá, a comprobar que todo esté bien en la lancha. Además llamaré al helicóptero, por si algo estuviese ocurriendo.

—Está bien.

Continuaron caminando en silencio, siempre hacia el muelle, cruzando las calles llenas de anuncios luminosos en español y en inglés.

La mayor parte de la gente vestía de blanco y llevaba sombreros de jipi del mismo color. Hablaban a gritos, gesticulando…, sobre todo después de ver pasar junto a ellos a la espléndida rubia. La mayoría iban en camisa, acalorados, y las puertas de los bares y tabernas eran un hervidero…

Saborin, ya puesto al corriente de lo sucedido a Paulova Maloyef en el embarcadero, se volvió de pronto hacia ella, inquieto, murmurando:

—De todos modos no es propio de la CIA este desconcierto que parecen sentir. Un agente no desaparece así como así sin que los demás tengan una pista más o menos clara de su recorrido.

—En general es cierto —admitió Doris—. Pero yo he actuado a veces en solitario forzada por las circunstancias. Si en cualquiera de esos momentos me hubieran matado, la MVD jamás habría vuelto a saber nada de mí.

—Sí, ya sé. A mí también me ha ocurrido, pero…

—¿No estarás subestimando a la CIA? Les hemos matado a dos agentes, uno llamado Simón y la otra Brigitte Montfort. Ahora ellos están desconcertados buscándolos, y eso es todo. No me parece nada tan extraordinario.

—Quizá sean aprensiones mías. No sé… Pero estoy pensando que no es conveniente que nos vean juntos.

—¿Qué quieres decir?

Sergei Saborin reflexionó unos segundos, caminando siempre a buen paso, antes de contestar:

—Creo que es mejor que nos separemos… ¿Sabes dónde está Caleta Blanca?

—Desde luego. No salimos hacia ningún lugar sin antes haber estudiado el terreno en los más completos mapas. Conozco perfectamente la ciudad, el Canal y sus alrededores, la ruta del ferrocarril, la situación exacta del aeropuerto…

—Bien, bien… Ésta es la idea: separémonos ahora mismo, ve hacia Caleta Blanca, y allá nos encontraremos. Yo llamaré al helicóptero desde la lancha.

Paulova Maloyef se lo quedó mirando fijamente, un tanto fruncido el ceño; por fin asintió con la cabeza.

—Como quieras —dijo secamente.

—Creo que es lo mejor. Hasta luego.

Se separaron. Sergei Saborin continuó caminando hacia los muelles durante un trecho, pero de pronto volvió sobre sus pasos, rodeó una manzana, luego otra, volvió a retroceder, se desvió hacia la parte sur, regresó hacia la parte norte, de nuevo fue hacia las afueras, de nuevo hacia los muelles… Todo eso en menos de quince minutos, siempre dando vueltas por las mismas calles, caminando a toda prisa, sin detenerse, apretando el paso vigorosamente.

Por fin llegó a la parte de los muelles donde tenía su lancha, miró hacia atrás y los lados con disimulo, y saltó a la embarcación. Era una lancha bien montada, con matrícula norteamericana y muy potente… Sergei Saborin se inclinó para entrar en las cabinas. Sin encender ninguna luz se dirigió al fondo y se sentó ante la radio. Luego efectuó una conexión especial con un enchufe escondido en el casco y cambió el dial de posición antes de efectuar la llamada:

—‹Anfibio› a ‹Volador›… Contesten… ‹Anfibio› llamando a ‹Volador›… Cambio.

—‹Volador› a la escucha. Habla, ‹Anfibio›.

—Muchachos, todo va bien: he encontrado a aquella novia rubia que tuve, y espero que lo pasaremos bomba… ¿Os acordáis de ella? Se llama Doris y está en contacto con otras chicas que ya os están esperando para empezar el baile. ¿Entendido?

—*Okay*, ‹Anfibio› —rió el otro comunicante, siguiendo la conversación en inglés en todo momento—. Magnífica noticia.

—Hay un detalle, sin embargo. He encontrado a Doris, cierto, pero no estoy seguro de si es ella o es otra… Quizá sean figuraciones mías, ya que no la conocía lo suficiente… Me recuerda mucho a aquella bailarina rusa que vimos hace unas semanas en Miami, pero no estoy seguro… ¿Lo entiendes, ‹Volador›?

—Lo entiendo perfectamente. Supongo que te refieres a la bailarina rusa llamada Paulova Maloyef.

—¡*Okay*, ése era el nombre! He enviado a Doris por adelantado a esperaros mientras yo os llamaba, por si llegáis antes de lo previsto. Cuando la veáis tened cuidado con ella, vigiladla bien, por si en verdad su carácter hubiese cambiado.

—¿Crees que puede haber cambiado hasta el punto de ser otra Doris completamente distinta?

—No tanto. Pero todo podría ser. En tal caso habría que tratarla con más tacto, más… adecuadamente.

—De acuerdo, hombre, de acuerdo… ¿Qué tal son las otras chicas?

—Una es muy gorda, pero a ti te gustan así. Las demás son corrientes. No muy inteligentes, desde luego, pero eso no nos importa. ¿A qué distancia estáis?

—Llegaremos en media hora aproximadamente.

—*Okay*. Si no estoy todavía ahí, pues tengo que poner una conferencia a casa, Doris os recibirá. Esperadme en el sitio de reunión. ¿Todo listo, Peter?

—Todo listo y todo entendido.

—Pues hemos terminado. Fuera. —Sergei Saborin movió de nuevo el dial de la emisora y efectuó otra llamada—… ‹Anfibio› a ‹Casa›… ¿Me escuchan en ‹Casa›? Cambio.

—‹Casa› a la escucha. ¿Cómo estás, hijo mío?

—Bien, padre. ¿Todos bien por ahí?

—Todos. ¿Cómo va el viaje?

—Perfecto. ‹Volador› está a punto de llegar. Además, encontré a la novia que estaba buscando: Doris.

—¿No había sufrido un accidente?

—Sí, pero salió bien de ello… Fue el otro coche el que resultó seriamente averiado. Ella está bien, padre. ¿Tú la recuerdas?

—Seguro que sí, hijo mío. Era muy bonita…

—¿Rubia o morena?

—¡Rubia, rubia…! ¡Una rubia imponente!

—¿Treinta y cinco años?

—¡Noooo…! Eso sería poco menos que un carcamal para ti. Debe de tener unos veinticinco años. Un bombón, muchacho.

—¿Ojos azules?

—Bueno… Azul, verde, gris… De todo un poco. Subyugantes.

—Observo que la recuerdas muy bien, padre.

—¡Cualquiera olvida a ese bombón, hijo! Además, precisamente poco después de marcharte tú llegó una fotografía de ella en colores… Según parece la enviaron desde Colombia a ‹Casa› unos amigos. Ella debió de dejarla olvidada allí, y la remitieron aquí. Muchacho, ella es una rubia sensacional, pero no me hagas hablar más de esa Doris, porque si tu madre me oye me fastidia la noche.

—¡De acuerdo, papá! —rió Saborin, siempre hablando en inglés—. No hay duda de que tú la conoces y de que yo no me equivoco,

según parece. Besos a mamá. Fuera.

Cortó la comunicación.

Y en aquel momento supo que había alguien detrás de él. En una pequeñísima fracción de segundo Sergei Saborin comprendió lo que estaba ocurriendo: mientras él había estado hablando su propia voz le había ensordecido, había impedido que a sus oídos llegase cualquier otro sonido. Y, sin embargo, mientras él se comunicaba con ‹Casa› alguien había entrado en la lancha sigilosamente, silencioso como una sombra, y quizá lo había oído todo… ¡Y ahora estaba detrás de él!

Todo esto pasó por la mente de Sergei Saborin en menos tiempo del que necesitó para empezar a mover la mano derecha hacia la axila donde ocultaba su pistola.

Poco tiempo.

Poquísimo tiempo. Nada.

Una fracción insignificante de tiempo…

Pero el suficiente para que quien estaba tras él le pasara un brazo por el cuello, y la otra mano, empuñando una navaja, se lanzase dura, violentamente, contra su espalda, de modo que la aguda punta afilada se hundió en ella con un chasquido sordo, como acolchado. Sergei Saborin lanzó un gemido, ahogado a medias por aquel brazo que se clavaba en su cuello. Consiguió sacar la pistola, pero la navaja se clavó otra vez en su espalda, implacable, anulando toda su potencia y resistencia, ablandando sus músculos, llevando la fría muerte a su sangre, a su corazón… La navaja se clavó por tercera vez, pero, aunque Sergei Saborin todavía vivía, ya no era necesario, pues la segunda cuchillada le había dejado sólo unos pocos segundos de vida.

El brazo que le sujetaba aflojó la presión, y el cadáver del espía ruso se deslizó hacia el suelo lentamente, blandamente. La luz roja de tablero de la emisora dio en sus ojos abiertos, en los cuales se reflejó, diminuta, la imagen de la persona que lo había matado. Luego una mano de aquel personaje apagó la radio, de modo que la cabina quedó completamente a oscuras antes de ser abandonada por una persona viva y quedar ocupada por un cadáver.

* * *

El bote hinchable llegó a la orilla de Caleta Blanca, y en el acto una figura femenina apareció de entre las rocas acercándose a los dos hombres que ya habían saltado a la arena. Uno de ellos sacó velozmente una pistola y la apuntó a la hermosa mujer rubia de cuerpo escultural, inquiriendo:

—¿Doris?

—Sí —dijo la mujer.

—¿Y qué más? —preguntó en ruso el hombre.

—Paulova Maloyef, de Base Colombia de MVD.

—Yo soy Basil —dijo el hombre, guardando la pistola—, y éste es Ferenko. ¿Dónde está Sergei?

—Supongo que camino de este lugar. Dijo que tenía que hacer una llamada al helicóptero, y que me adelantase, pues era mejor que no nos viesen juntos.

—De acuerdo. Él nos llamó. Dijo que le esperásemos aquí. Mientras tanto esconderemos la balsa. No creo que tarde mucho.

* * *

Ferenko perdió definitivamente la paciencia.

—Está tardando demasiado. Hace más de una hora que esperamos… ¿Hay tanto tiempo desde el muelle hasta aquí, Paulova?

—Desde luego que no. Y menos para Sergei, que tiene un paso largo y rápido.

—Deberíamos ir al muelle a buscarlo.

—¿Conocéis la lancha? —inquirió la rubia.

—Claro.

—Entonces creo que, en efecto, lo mejor sería que fuésemos allá. Ha tenido tiempo de sobra para venir… Decidme cómo es la lancha y lo buscaremos los tres por los muelles, pero sin separarnos demasiado… y sin olvidar que el tiempo se nos está escapando si queremos volar esta misma noche la esclusa de Miraflores.

Capítulo VI

Fue Ferenko quien lo encontró.

Y cuando Paulova y Basil se reunieron con él los tres se quedaron silenciosos, mirando sombríamente el cadáver de su compañero de misión en el Canal de Panamá.

—Lo han acuchillado por la espalda —musitó Basil.

—Y con mucho acierto —mascculló Ferenko.

—Esto sólo ha podido hacerlo la CIA —susurró Doris—... Ésta es una lucha que no ha terminado. Ellos también tienen sus triunfos. Nosotros les matamos a dos agentes, y ellos, por ahora, nos han matado uno. Tenemos que marcharnos inmediatamente de aquí... Ahora mismo. Y salid con las armas en la mano, pues esto puede ser una encerrona.

—De la cual te has librado al haberte separado de Sergei —gruñó Basil. Paulova Maloyef lo miró fríamente.

—Fue él quien me dijo que debíamos separarnos... ¿Estás tratando de insinuar algo?

—Es cierto —intervino Ferenko—: Sergei nos llamó al helicóptero y nos dijo eso mismo, Basil. Cálmate. Hay que conservar la serenidad. Sobre todo si tenemos que enfrentarnos a la CIA.

—Está bien... ¿Qué hacemos con Sergei? Fue Paulova quien encontró la solución:

—Vamos a marcharnos de aquí con la lancha. Si nos están esperando en el muelle se llevarán una sorpresa... y un desengaño. Y si no nos están esperando, mejor. Podemos dejar la lancha en un lugar bien oculto y largarnos de Panamá cuando hayamos volado las esclusas. Y como no podremos hacerlo por el Canal, pues parece que se está poniendo difícil, iremos los tres hacia Colombia. De allí se nos facilitará la vuelta a Base Cuba.

Ferenko y Basil cambiaron una mirada. Basil parecía dudar, pero Ferenko aceptó el plan.

—Me parece lo mejor… Hagamos eso y vamos a ver a ese Raimundo Calatrava. De allí, directos a la esclusa de Miraflores.

* * *

Raimundo Calatrava se asustó al conocer la noticia. Su gran cara de sandía blancuzca se demudó, y las papadas temblaron visiblemente.

—No me gusta… ¡No me gusta esto! —exclamó—. Algo no está marchando bien en este asunto, Doris.

—¿Qué sugiere? —Lo congeló la rubia con su voz—. ¿Le parecería buena idea que Ferenko, Basil y yo nos fuésemos ahora de Panamá sin haber volado esa esclusa?

—No sé… ¡Quizá sería lo más prudente!

Basil agarró rudamente a Calatrava por la blusa de bonitos colores.

—Escuche, puerco…

—Quieto, Basil —se mantuvo serena Paulova—. No vamos a pelear entre los que tenemos que volar esa esclusa. La vamos a volar, eso es todo. No importa por qué ni para qué, ya que eso son planes de la superioridad afectos a motivos y movimientos políticos. Nosotros somos agentes de acción, y vamos a entrar en acción… ¿Está claro, Raimundo?

El gordísimo miraba de uno a otro, blanco el rostro.

—Está bien —musitó—. Yo haré lo que sea necesario.

—Muy simple: queremos el guía y los explosivos.

—Lo tendrán en menos de un minuto. Pero no podrán llegar a la esclusa antes de que amanezca. Aquí amanece alrededor de las cuatro, y ya pasan de las doce de la noche… Es imposible que lleguen allá todavía de noche, ténganlo por bien seguro.

—También para eso hay solución —dispuso la rubia—. Usted estaba dispuesto a llegar allá en un jeep.

—No tenía más remedio.

—Oh, claro… Se ganan mucho más fácilmente los dólares metido en ese sillón que trabajando, ¿no es así? No se preocupe, nosotros haremos el trabajo. Sólo denos el guía, el jeep y los explosivos. Conozco el plan a la perfección, puesto que lo estudiamos. El guía llegará sólo hasta donde sea imprescindible. Me señalará el lugar exacto donde está el punto que convinimos en el

mapa y luego esperará. Eso es todo. Incluso, si quiere, puede dejar allá el jeep y regresar a pie, si eso le parece más seguro.

—¡Mucho más seguro! —exclamó Camilo. Calatrava lo señaló.

—Él será su guía. Ve a sacar el jeep, Camilo. Y vosotros, sacad los explosivos y cargadlos con cuidado. Camilo, Pedro y Moncho se alejaron velozmente, seguidos por el abúlico Jaime. Calatrava bebió un sorbo de café frío, lentamente, pensativo. De pronto miró a la rubia.

—¿Dónde dejaron la lancha?

—Eso es cuenta nuestra. Regresaremos en el jeep, se lo dejaremos aquí, y nos iremos. Es todo lo que le importa a usted.

—Sí, claro… ¿Volveré a verla?

Una fría sonrisa sarcástica apareció en los hermosos labios de la rubia.

—Con toda seguridad, Raimundo. Si está pensando que algo va a ocurrirme a mí, olvídelo. Ni muertos ni vivos podrán impedirme llegar a las esclusas, provocar la explosión, y regresar aquí. Tendré mucho gusto en despedirme de usted… para siempre.

—¿Para siempre? —musitó el gordísimo—. ¿No ha pensado en mi… oferta?

—Ni por un momento —rió despectivamente Paulova Maloyef —. Quizás habría aceptado que me ofreciese su amor, pero su dinero… ¡Puaf! ¿Con quién cree que está tratando?

—Con una mujer.

—Pero no una mujer corriente, gordito. Le aseguro que soy la más excepcional mujer que usted podría encontrar. Y, como dicen los hispanos, ‹no se ha hecho la miel para la boca del asno›.

Ferenko soltó una risita seca, dura, mientras Basil miraba con incontenible repugnancia al obeso individuo que trabajaba a las órdenes de la MVD. Afortunadamente tenía muy cerca el antídoto contra la repugnancia: las hermosísimas piernas de la rubia espía, mostradas con desenfadada generosidad, una sobre otra, mientras sus deditos sostenían el vaso de café helado con una rodaja de limón y sus sensacionales ojos miraban a Calatrava con unas chispitas de ironía.

Poco después llegaba Camilo, preocupada la expresión, nada tranquilo respecto a su futuro, evidentemente.

—Todo está listo. Podemos salir ahora mismo.

—Pues en marcha. Ya es casi la una… ¿Cuánto cree que tardaremos en llegar?

—No sé… Tendremos que buscar un camino aceptable y no muy concurrido, lo cual será difícil.

Algunos de ellos están todavía llenos de barro debido a las últimas lluvias. Pero buscaré una combinación de varios caminos que nos servirá. Será un poco largo, desde luego… Yendo en jeep tardaremos casi tanto como a pie, por algunos sitios…

—¿Llegaremos antes de que amanezca?

—Ah, eso sí. Espero que estaremos allá hacia las tres de la madrugada.

—O sea que dispondremos de una hora para colocar los explosivos. ¿Tiempo suficiente, Basil?

—Sí.

—Pues en marcha.

* * *

Llegaron cerca de las esclusas de Miraflores a las tres menos cinco minutos de la madrugada, de acuerdo a las previsiones de Camilo, que no había cesado de refunfuñar durante todo el camino de su perra suerte por haber perdido en las apuestas con sus compañeros. Según él, por estar herido debía haber estado exento de participar en los sorteos que decidieron quién acompañaría a los rusos; pero sus compañeros se rieron de semejante herida y fue incluido.

Además Camilo se quejaba del camino que se veían obligados a seguir debido a su deseo de no ser vistos. Si hubiesen ido por el camino normal habrían tardado menos de una hora. Quizá media, tan sólo.

—Está bien —cortó Doris—. Ahora que hemos llegado cállese de una vez. ¿Dónde estamos exactamente?

—¿Tiene el mapa?

—Claro.

—Será mejor que salgamos del jeep.

Se apearon los cuatro, y bajo la dirección de Camilo, que había metido el coche entre la espesura, cruzaron más profundamente ésta, hasta llegar al otro lado. El terreno era más bien bajo, con montículos leves bien repletos de selva espesa.

Estaban en la cresta de uno, y debajo, a menos de quinientos metros a lo lejos, se veían las luces de la esclusa de Miraflores, su dique central paralelo a los costados del canal, y las dos compuertas de los extremos. Aún más cerca de ellos, a un lado del canal y a la misma altura de las dos esclusas, se veían las luces de las edificaciones donde se organizan oficialmente los servicios de Miraflores. La carretera, pasado el puente sobre uno de los ramales no utilizados del canal, cruzaba sobre éste, bien iluminada.

Pero alrededor de Miraflores, en la selva baja, todo era silencio. Apenas se oía algún ave nocturna, y ni siquiera el rumor de las aguas del canal era audible.

—Quedamos —musitó Paulova Maloyef— en que la vigilancia no estaba reforzada.

—¿Por qué habría de estarlo? —Gruñó Camilo—. Toda la vigilancia que puede haber es la normal de los hombres que están en servicio nocturno. Son simples empleados, gente de poca acción, de cabeza dura y ojos que no ven. Podrán engañarlos fácilmente. En ningún momento se les ocurrirá que cerca de ellos hay gente preparando la voladura de la esclusa.

—Esperemos que así sea. Ahora examinemos el mapa. —La rubia lo desdobló y lo iluminó con una pequeñísima linterna—… Tenemos aquí marcados los puntos donde han de ser colocados los explosivos, y Ferenko y Basil sabrán llegar a ellos y hacer su trabajo. Eso está ya bien definido. Pero queremos que nos marque en el mapa el camino de vuelta.

—El mapa no les servirá de gran cosa si han de ir recorriendo la selva y esos malditos caminos.

—Seguramente no le servirá a usted, pero sí a nosotros. De todos modos la vuelta será mucho más rápida. No pensamos perder tiempo en la selva ni en esos caminos llenos de barro. Así que nos marcará dos itinerarios: uno, el más rápido hacia Punta Brujas…

—¿Tienen allá la lancha?

—No es cuenta suya. Ése será uno de los itinerarios. El otro será también el más rápido para regresar a Villa Caimanes.

—¿Piensa regresar a la villa? —se alarmó Camilo.

—Es posible —sonrió secamente Paulova—. Usted limítese a hacer lo que le estoy ordenando.

—Está bien… Supongo que sabrán en todo momento qué es lo

más conveniente.

—Esté seguro de ello.

Camilo marcó en el mapa los dos itinerarios pedidos por Paulova Maloyef, con lápiz rojo que ella misma le proporcionó.

—Muy bien. Ahora vamos a descargar los explosivos y los dejaremos aquí como base de partida.

—No pesan demasiado —opinó Basil—. Ferenko y yo podemos cargarlos y llevarlos directamente a los puntos donde han de ser colocados. Ahorraremos tiempo.

—No se trata de ahorrar tiempo, puesto que hemos llegado a una hora conveniente, sino de trabajar con seguridad. Los traeremos aquí, y nos ayudará Camilo. Luego él podrá marcharse, si quiere.

—Lo prefiero —aceptó inmediatamente Camilo.

—Pues tendrá que ser a pie —dijo fríamente la rubia—, porque la voladura, por mucho que la retrasemos en los mecanismos, nos alcanzaría a nosotros muy cerca de las esclusas si fuésemos a pie. En cambio usted va a disponer de mucho tiempo.

—Me iré de aquí aunque sea a pie.

—Vamos a por los explosivos —farfulló Basil.

Los trasladaron entre los tres al lugar que antes les había servido de observatorio, mientras Doris, o Paulova Maloyef, exploraba someramente los más inmediatos alrededores. Cuando se reunió con los tres hombres todo el material estaba ya en el punto conveniente para la salida hacia las esclusas.

—Puede marcharse, Camilo. El panameño tendió la mano.

—Les deseo mucha suerte y…

Se calló. Y retiró lentamente la mano, porque los tres rusos lo miraban fríamente al resplandor levísimo de las luces del Canal. Vaciló, dio media vuelta, y regresó hacia el camino.

Los tres rusos estuvieron silenciosos unos segundos, hasta que Paulova musitó:

—Empezad a cargar. Y si cuando estéis listos no he regresado id a lo vuestro.

—¿Adónde vas ahora?

—No me fío de ese Camilo. Voy a seguirlo, no sea que nos dé la desagradable sorpresa de llevarse el jeep.

—Esa gente tiene mucho miedo. Buena idea, Paulova.

—Son sólo aptos para pequeñas cosas, y para asesinatos… Les va

muy bien eso de clavarle un cuchillo a una persona que molesta, pero si cuando hay que clavar el cuchillo el otro también está armado y planta cara la cosa cambia mucho. Y aquí hay demasiado peligro. Por lo tanto es natural que sólo nosotros seamos capaces de hacerlo.

—De todos modos no será fácil —dijo Ferenko.

—Debió decidirse así desde el primer momento —aseguró Paulova—. Pero me enviaron a mí sola a dirigir a unos cuantos de esos tipos, que eran los que tenían que efectuar la voladura…

—Es como una broma. ¿Qué habrían podido hacer ellos?

—Menos charla y a trabajar —zanjó Paulova la cuestión—. Son las tres y diez, de modo que a las cuatro menos cuarto todo puede estar listo. Lo más tarde a las cinco podemos perfectamente haber llegado a Punta Brujas. Y todavía más fácilmente a Villa Caimanes si fuese necesario. A trabajar.

* * *

Frank Minello regresó al hotel hacia las tres y media de la madrugada, barbudo, cansado, decepcionado… y, sobre todo, triste, porque no había encontrado el menor rastro de Luis Pancorbo en los muelles. Y ni la menor noticia de Brigitte Montfort.

—Mi llave —pidió al conserje.

—Oh, señor Minello… Hay un recado para usted.

—¿Un recado? —se despejó bruscamente Frank—. Bien, ¿qué demonios espera para dármelo?

El empleado del hotel le tendió un sobre, más bien un papelote sucio convertido en sobre. Minello lo despegó y leyó rápidamente el contenido:

PANCORBO JAMÁS APARECERÁ. HAY QUE VIGILAR VILLA CIANES, BIEN ARMADO Y CON MUCHO CIADO.

Frank Minello miró al empleado.

—¿Quién dejó este recado?

—No lo sé, señor. Lo encontramos sobre el mostrador, pero nadie dijo haberlo traído. Pensamos que era conveniente ponerlo en su casilla, ya que iba dirigido a usted.

—Sí… Bien hecho. ¿Sabe dónde está un lugar llamado Villa Caimanes?

—Pues no… No señor.

Frank Minello dejó unos billetes sobre el mostrador.

—Usted y el hombre capaz de llevarme lo más rápidamente posible a ese lugar pueden repartirse esto. Esperaré en mi suite, aseándome un poco. Pero llámeme inmediatamente que alguien pueda llevarme allá.

Capítulo VII

Primero pasó por la suite 16, que Brigitte había ocupado a su llegada a Panamá días antes. Pero allí no había nada diferente a la última vez que entró en ella.

Fue a la suya, se desnudó, y se metió en la ducha, al chorro del agua fría. Se despejó bastante, y el sueño quedó casi olvidado. Salió, encendió un cigarrillo, y se dedicó a ponerse otras ropas, frescas y limpias; el recorrido por los muelles no había sido muy agradable.

Sonó el teléfono cuando se estaba pasando un jersey por la cabeza. Lo bajó de un golpe y descolgó el auricular de un manotazo.

—¿Sí? —inquirió.

—Señor Minello, he localizado un chófer de taxi que sabe dónde está la villa llamada Caimanes.

—¿Dónde está ese hombre?

—Esperándole. Cuando usted quiera puede…

—¡Bajo inmediatamente!

—¡Señor Minello…!

—¿Sí?

—Respecto a la señorita Montfort… Verá usted…, el gerente opina que aunque usted pague su suite y demás gastos debemos dar aviso a la Policía. Compréndalo… Hemos pensado avisar a las diez de la mañana si para esa hora la señorita Montfort no ha aparecido por el hotel.

—Lo entiendo, claro… Está bien, hagan lo que gusten. Bajo inmediatamente.

Salió a toda prisa de la suite y en pocos segundos estuvo en el vestíbulo del hotel. Antes de que llegase al mostrador el conserje le señaló al hombre que estaba sentado en uno de los silloncitos de cañas, fumando un delgado cigarro de hoja. Frank se desvió hacia el hombre.

—¿Usted puede llevarme a Villa Caimanes?

—Sí señor. Sé dónde está esa villa, cerca de…

—Vamos al coche, y entonces charle cuanto quiera.

Salieron los dos, y Minello se metió en la parte de atrás del coche mientras el chófer se colocaba al volante y lo ponía en marcha cuando todavía ni siquiera había acabado de sentarse.

—*Okay* —suspiró Frank—. Veamos qué me dice ahora de esa villa.

—Está en las afueras de Panamá, hacia el Canal. He pasado por allí algunas veces.

—¿Quién vive en ella?

—Ah, no sé… Cipriano hizo correr la voz de que alguien quería ir allá y que ese alguien pagaba doscientos dólares… y me presenté en el hotel como un rayo.

—Entiendo. ¿Tardaremos mucho en llegar?

El chófer consultó su reloj.

—Estaremos allá hacia las cuatro, más o menos. Está cerca. Oiga, ¡eso es una pistola! Minello dejó de examinarla y miró al hombre a los ojos, por el retrovisor.

—Es de un amigo, que se la olvidó. Sólo sé de él que vive en Villa Caimanes, y voy a devolvérsela.

—Aaah…

Frank guardó la pistola y su ceño quedó fruncido sombríamente. Ni siquiera tenía la certeza de que Brigitte estaba viva. La copa de champán con guinda podía ser la broma cruel de alguien que conocía a la divina espía. En cuanto a los mensajes escritos con grandes letras mayúsculas, nada le indicaban respecto a la supervivencia de la hermosa y querida Brigitte. Pero si la habían matado…, si alguien le había hecho el menor daño a la más deliciosa mujer del mundo él los… los… ¡los haría pedazos! Les arrancaría la cabeza, les partiría la columna vertebral, les… les arrancaría brazos y piernas y…

—Estamos llegando.

Frank Minello se sobresaltó. Miró hacia donde señalaba la mano izquierda del taxista, y vio a lo lejos una villa rodeada de altos árboles, verjas… Aparecían ya las primeras luces del día. En menos de cinco minutos la luz sería ya suficiente para ver con absoluta claridad.

—Pare aquí. Seguiré a pie. —El hombre detuvo el taxi, Frank se

apeó, y metió un billete por la ventanilla—. Esto como propina. Y para que regrese inmediatamente a la ciudad.

El billete, el coche y el hombre desaparecieron, y Frank Minello quedó a un lado del camino, fija la mirada en la villa, distante unos doscientos metros.

Se dirigió hacia ella ocultándose entre los árboles y arbustos de los lados del camino, de modo que la fue rodeando. Por fin llegó junto a la verja, la escaló con toda facilidad, y saltó al interior de la villa. Había allí dentro un espeso y bonito jardín, y por entre los arbustos y árboles veía, al fondo, lo que le parecieron un par de luces rojas, a un lado de la casa de grandes ventanales formados en arcos de estilo colonial español. Una mezcla un poco fea, pero cada uno tiene sus gustos.

Fue caminando por entre los macizos de flores, y, de pronto, vio un cobertizo grande de tejado plano y ligeramente inclinado. Llegó a él, se pegó a la pared, y encontró la puerta, que ocupaba toda la fachada. Era un garaje, y dentro había dos automóviles.

Pistola en mano Frank miró hacia donde antes había visto las dos luces rojas. Eran la iluminación de una pérgola, junto a la cual le pareció ver brillo de agua a la última luz de las estrellas… Debía de ser una piscina… Y vio un enorme sillón de juncos, y algo vertido en él. Pero estaba de espaldas, y no podía adivinar qué era aquello tan enorme… Cuando vio el humo del cigarro comprendió que era una persona, pero debía de ser… No, no podía ser una persona: tenían que ser dos sentadas en el mismo gran sillón…

Entró en el garaje mirando a todos lados, siempre esperando encontrar algún indicio, alguna señal de Brigitte. Nada. Aunque… ¿quién sino ella podía haberle dejado la nota? ¿Quién? La revelación ocurrió en aquel mismo momento, con una simplicidad que aterró a Frank Minello.

¿Quién? Pues, simplemente, ¡las personas que habían estado en la suite de Brigitte, que habían querido matarlo, que habían escapado por la ventana del cuarto de baño…! ¡Aquellas mismas personas que ahora le tendían una trampa en la que él había caído como un idiota completo!

Se volvió velozmente hacia la puerta dispuesto a disparar, pero no había nadie allí… Unas gotas de sudor aparecieron en la frente de Frank Minello. No era cobarde, pero aquella tensión no era para

él. Aquel silencio, aquella incertidumbre… ¿Cómo demonios podía una mujercita tan deliciosa y dulce como Brigitte desenvolverse tan eficazmente en situaciones como aquélla?

Salió del garaje mirando hacia el lugar donde había visto el humo de aquel cigarro, en el gran sillón donde debía de haber dos personas.

No debió salir mirando hacia allí, pero cuando lo comprendió ya era tarde: un hombre saltó hacia él, pistola en alto, desde un lado de la puerta, lanzando ya el golpe contra su cabeza, gritando a todo pulmón ahora que él ya le había visto, llamando a otros…

El golpetazo de la pistola no acertó a Frank Minello en la cabeza, pues pudo ladearse a tiempo. Pero le acertó de lleno en un hombro, causándole tal dolor que sus rodillas se doblaron hasta golpear en el suelo. Aturdido, oyó gritos y carreras en su torno, y vio las piernas del hombre que le había golpeado acercándose a él, sin duda preparando otro golpe más fuerte y más a mansalva que el primero.

Aquello sí era lo suyo: pelear. Incluso en malas condiciones era capaz de partirle la cabeza a un hombre de un solo puñetazo. Sólo con que el enemigo se descuidase un instante lo iba a hacer papilla.

Saltó de cabeza contra él, impulsándose con las puntas de los pies. Y consiguió su objetivo. La dura cabeza de Minello golpeó a Moncho fortísimamente en el estómago, derribándolo sin aliento de espaldas, perdiendo la pistola. Frank lo levantó con la mano sana agarrándolo por la garganta y comenzó a golpearlo de cabeza contra la pared del garaje, jadeando furiosamente.

—¿Dónde la tenéis? —exigió—. ¿Dónde, dónde, DÓNDE…?

—Aaagggg… —Emitió su presa un estertor por respuesta.

—¿DÓNDE? —aulló Minello, golpeándolo de nuevo contra la pared con la cabeza—. ¡Dime dónde la tenéis o te…!

¡Clock!, resonó el tremendo golpe en su cabeza. Todavía pudo volverse, loco de furia…, y recibió el segundo golpe, ahora en la frente. Y un tercero en el estómago. Y…

Y cuando abrió los ojos ya era de día.

—Ya vuelve en sí —oyó.

Frank se sintió agarrado por los brazos, y enseguida lo tiraron en un sillón. Le dolía la cabeza, pero podría soportarlo. Todavía tardó un poco en recuperarse lo suficiente para poder concentrar su

atención.

Y entonces se quedó mirando atónito a aquella especie de hipopótamo vestido de hombre, que fumaba un aromático cigarro y que se hallaba vertido en un sillón doble de lo normal. Un hipopótamo increíble, que sonrió con muy sospechosa expresión.

—Espero que se encuentre bien, señor Minello —dijo el gordo.

—No sabía que existiesen ballenas con patas —gruñó Minello—. ¿Quién demonios es usted? ¿Dónde está Brigitte?

—Yo soy Raimundo Calatrava. ¿Brigitte es amiga suya?

—Más que eso: he venido a buscarla para casarnos.

—Envidiable sentido de humor el suyo. Bueno, le hemos requisado su documentación, así que sabemos quién es usted…, pero no sabemos si, al igual que Brigitte Montfort, es usted de la CIA. Los dos trabajan para el Morning News, de modo que las… casualidades podrían no terminar aquí. Quisiera saber cómo ha conseguido mi pista, y algunas otras cosas que puedan hacerme comprender la mayor o menor gravedad de mi situación.

—No le diré nada hasta que me diga dónde está Brigitte.

—Puedo complacerle, si eso es todo. Señor Minello: tengo la profunda pena de darle mi más sentido pésame por su muerte; es usted casi viudo, ya que la señorita Montfort lo ha abandonado definitivamente.

Frank Minello palideció como un cadáver.

—Mentira —jadeó.

—Tan cierto como que usted ha matado a Moncho, señor Minello. Es usted un hombre… peligroso. No es fácil matar a un hombre sólo con las manos.

—No… Me… me está mintiendo… Brigitte no ha muerto…

—Le aseguro que sí, y que… ¡Eeehhh!

Frank Minello había saltado de su asiento como una fiera, aullando, esgrimiendo un vaso que tomó de la cercana mesita con el borde hacia delante. Calatrava sólo tuvo tiempo de berrear asustado, pero tuvo suerte, ya que el vaso que se clavó en su papada estaba entero, y el borde era grueso y fino; de lo contrario el golpe habría degollado. Pero así sólo se clavó un poco en las grasas dejando un círculo rojizo.

Sin embargo, Frank Minello no pudo disfrutar mucho de aquella pequeña victoria, porque recibió un doble puñetazo en los riñones

que lo dobló hacia atrás para recibir entonces un golpe en el cuello que lo derribó de espaldas. Cuando vino a darse cuenta estaba fuertemente atado de pies y manos y tirado a los pies de Raimundo Calatrava, que lo miraba con ojos perversos, malignos, pasándose los dedos como salchichas por la marca que el vaso había dejado en su cuello.

—Debimos atarlo antes, señor Minello. Es usted en verdad muy peligroso… Pero lo lamentará. Va a lamentarlo de veras. Y antes de darles de comer a mis caimanes su gran masa de músculos le aseguro que la señorita Montfort está muerta y bien muerta, y su cadáver en el fondo del mar, posiblemente en el estómago de algún tiburón… Mala suerte para los dos, señor Minello.

—Está loco —jadeó Frank—… ¡Usted no es capaz de vencer a Brigitte, cerdo!

—Yo quizá no. En realidad ni siquiera tuve el gusto de conocerla… Pero una amiga mía llamada Paulova Maloyef la mató, se lo aseguro. Oh, pero usted ya debe de saber algo de este asunto, ¿no es así? Lo único que le queda por saber es que Paulova Maloyef, después de matar a Brigitte Montfort y a un hombre llamado Simón, está a punto de terminar la misión que la trajo a Panamá. Después de eso, señor Minello, no voy a interrogarlo más. Es evidente que si hubiese venido acompañado sus amigos ya estarían aquí. Por tanto, ha venido solo. Y si ha venido solo es que sólo usted sabía algo de mí. No necesito hacerle preguntas. Pero sí necesito ver cómo mis caimanes lo despedazan. Será una pequeña… satisfacción personal.

—Ella no ha muerto… No… No, Dios…

—Ha muerto —sonrió Calatrava.

—¡No!

—No discutiremos. Como pronto va a reunirse usted con ella ya verá que no le he mentido. Desatadlo y echadlo al agua. Le daremos la oportunidad de emplear sus magníficos músculos con los caimanes…

En aquel instante se oyó una explosión, a lo lejos, apagada por la distancia. Pero hacia el norte quedó visible una espesa columna de humo y polvo. Y al instante otra explosión y otra columna de humo, muy cerca de la primera…

Raimundo Calatrava volvió a sonreír.

—Ahí lo tiene, señor Minello: ya no hay Canal. Es decir, costará

mucho ponerlo de nuevo en condiciones. Eso significa ni más ni menos que Paulova Maloyef ha conseguido su objetivo, ha terminado su misión… ¡Tiradlo a la piscina!

Capítulo VIII

Pedro se inclinó para soltar las cuerdas que sujetaban a Frank Minello, pero Jaime le puso una mano en un hombro.

—Espera… Viene un coche.

Raimundo Calatrava palideció. Metió la mano bajo su asiento, sacó una pistola, y empezó a ponerse en pie. Empezó. Y no tuvo que acabar, ya que el mismo Jaime musitó segundos después:

—Juraría que es el jeep, señor Calatrava…

—¡Ve a verlo!

Insólitamente, el abúlico Jaime echó a correr hacia las verjas. Los otros tres hombres oyeron el zumbido de aquel motor más cerca. Y luego cada vez más cerca, hasta que apareció en el sendero…

Raimundo Calatrava se tranquilizó al instante y dirigió una breve mirada a Minello.

—Tiene usted suerte. Antes de morir va a tener el gusto de conocer a una peligrosa espía. Ni más ni menos que la mujer que mató a su amiga Brigitte Montfort.

Pálido hasta la lividez, Frank miraba hacia el jeep. Veía aquella cabellera rubia, aquel rostro hermoso. Y junto a la rubia, a Jaime, que se había subido al jeep para ahorrarse unos cuantos pasos…

El jeep se detuvo cerca de la pérgola, y Paulova Maloyef saltó de él y se acercó a donde estaban los tres hombres, seguida cansinamente por Jaime. Cuando llegó se quedó mirando unos segundos al palidísimo Minello, y lo señaló con un dedito lleno de polvo.

—¿Quién es? —preguntó fríamente.

—Se llama Frank Minello; americano, periodista… Trabaja en el Morning News de Nueva York —informó Calatrava.

La rubia miró con un poco más de interés al mudo y petrificado periodista.

—Vaya… Igual que la tal Brigitte Montfort, ¿eh?

—Igual. Quizás él también trabaja para la CIA, aunque asegura que ella, Brigitte Montfort, vino aquí de vacaciones, y que él vino a casarse con ella.

—¿De veras? —sonrió la rubia—. Bueno, por lo que vi del cadáver de Brigitte Montfort debo admitir que no tiene mal gusto precisamente. Supongo que el señor Minello tendrá muchas cosas que decir.

—Pocas. Además no nos importan… ¿Dónde están los demás?

—Basil y Ferenko me están esperando… ¿No ha llegado Camilo?

—No.

—Bueno… Realmente no ha tenido tiempo. Le pedimos que nos dejase el jeep, y ha tenido que volver a pie. Aún tardará unas horas, me imagino. Yo he venido a devolverle el jeep, a decirle que todo ha ido bien y a enterarme de alguna posible novedad peligrosa…, que bien podría ser el señor Minello.

—No es peligroso. Ha venido solo y desarmado. Es muy… cabezota, muy duro de pelar, pero… los caimanes tienen mejores dientes que nosotros.

La rubia miró irónicamente a Minello.

—Sí… Se lo merece, por cabezota. Merece que le ocurra lo mismo que a Pancorbo: se le tira a la piscina, se abre la compuerta que comunica con el estanque, entran los caimanes y… el señor Minello desaparece para siempre. Buena idea.

—Creí que le repugnaba mi sistema de hacer desaparecer cadáveres.

—Bueno… Hay cosas que cuestan de aceptar, pero al fin se comprende que son muy convenientes. Raimundo Calatrava asintió con la cabezota, sonriendo, mirando las hermosas piernas de Paulova Maloyef.

—Ha llegado apenas producirse las explosiones, Doris. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Ya sabe que Ferenko y Basil eran expertos en sabotaje. Calculamos la explosión con el tiempo que tardaríamos en estar por estos lugares. Y, como ve, todo ha salido bien. Yo nunca fallo, Raimundo.

—Me doy cuenta de ello. Pero está llena de polvo, seguramente cansada… ¿Quiere tomar algo, beber alguna cosa…?

—Pues sí —sonrió dulcemente Paulova Maloyef—: tomaría con gran placer, incluso a estas horas, una copa de champán helado con una guinda.

—¿Champán helado con guinda? —Se pasmó Calatrava.

—¿Le parece muy exótico? Es un capricho mío, y creo que es menos extravagante que tomar café frío y con limón.

—Pues… Bueno, no sé… Cada uno tiene sus gustos. Jaime le traerá eso que ha pedido. ¿Tenemos guindas, Jaime?

—No sé. Creo que no.

Paulova Maloyef sonrió de nuevo, como una niña feliz.

—Me conformaría con champán helado. Si es posible de una marca especial, mi favorita.

—¿Cuál es esa marca?

—Dom Perignon 55.

Frank Minello se echó a reír, saliendo al fin de su estupefacción. Calatrava y sus acólitos Pedro y Jaime, los dos únicos que le quedaban, lo miraron como si se hubiese vuelto loco, pero Paulova Maloyef le obsequió con una de aquellas nuevas, sorprendentes, luminosas sonrisas dulces.

—Parece que el señor Minello está nervioso ante la inminencia de su destino. Le obsequiaremos con Perignon 55, como última gracia a un condenado… A menos, señor Minello, que usted prefiera otra cosa.

—Tomaré Perignon 55 —sonrió Frank—. ¡Me trae muy buenos recuerdos!

—Ve a ver, Jaime —gruñó Calatrava.

—No creo que tengamos de esa marca —gruñó el abúlico.

—Pues del que sea —sonrió Paulova—. Pero que esté fresquito, querido Jaime.

Minello volvió a reír, y Pedro le atizó un puntapié en las costillas que le cortó el resuello. La rubia sonrió.

—¿Se da cuenta, señor Minello? No debería ser tan tonto y reír en una situación tan apurada como la suya… Bueno, mientras esperamos a Jaime iré a llevar el jeep al garaje. Tengo algunos excedentes de explosivo que quisiera llevarme, y descargaremos el equipo de detonadores que ha sobrado también. Venga conmigo, Pedro… Oh, y que Jaime venga luego a ayudarnos también. Ahorraremos tiempo. Luego tomaré una copa, y… ¡adiós,

Raimundo!

Se puso en pie y se dirigió graciosamente hacia el jeep mientras Pedro iba a pie hacia el garaje.

—*Requiescat in pace*.[2] —Dijo Frank Minello.

—¿Qué…? —Lo miró Calatrava.

—¿No sabe latín, tío bestia?

—No. Y tenga cuidado con su lengua, o…

—Debería aprender latín. Eso le serviría de mucho, tío bestia.

Calatrava soltó un gruñido, y se limitó a mirar fijamente al periodista pensando en la satisfacción que iba a sentir cuando las mandíbulas de los caimanes dieran buena cuenta de él.

Mientras tanto la rubia había entrado en el garaje con el jeep. Saltó de él y esperó a que Pedro apareciese en la puerta.

—Venga aquí, Pedro. Empezaremos sin Jaime.

—Está bien.

Pedro se acercó al vehículo, miró el paquete que le señalaba la espléndida rubia, y se volvió de espaldas a ésta, dispuesto a cargarlo. Justo entonces el fino brazo pasó ante su garganta, se clavó allí fuertemente, y cuando Pedro empezaba a abrir la boca para expresar de un modo u otro su asombro, su incomprensión y su protesta, la navaja se clavaba en su espalda, fuerte, sordamente.

—Aaaa…

El segundo navajazo fue más que suficiente. El bonito brazo dejó libre el cuello de Pedro, que se deslizó blandamente hacia el piso del garaje. La rubia se inclinó sobre él, se aseguró de que estaba muerto, y lo empujó hasta colocarlo debajo del vehículo. Cuando se incorporó, oyó los cansinos pasos de Jaime acercándose al garaje. Segundos después el aburrido y apático panameño aparecía en la puerta.

—Ya sabía yo que no había Perignon de ese, Doris.

—No importa… ¿Está fresco el que tenían, Jaime?

—Casi helado.

—Magnífico. Venga a ayudarme.

—¿Y Pedro?

—Debajo del jeep mirando no sé qué…

—Bueno, ¿qué hay que descargar?

Se acercó al jeep, miró los pies de Pedro, y le dio un puntapié.

—Tú, tío listo, deja de hacer ver que estás haciendo algo y sal a

ayudar… ¡Vamos!

Se quedó mirando extrañado el raro vaivén del pie de Pedro. Vaciló un instante, pero se inclinó y dio un brusco tirón de aquel pie.

– ¡Sal ya de…!

Algo no iba bien. Aquella pesadez, aquella pasividad, aquel silencio de Pedro… Lo sacó del todo y se quedó mirándolo sin comprender. Lo movió, le pasó la mano por la espalda… Luego se quedó mirando atónito su mano manchada de sangre…

Alzó la vista hacia la rubia, que lo miraba con una sonrisa que parecía congelada.

—Los asesinos también mueren, Mito… —susurró. Jaime quiso gritar.

Quiso sacar también su pistola… Quiso hacer tantas cosas que no pudo hacer ninguna. Plop.

Plop.

Dos balas brotaron de la pistola silenciosa que había aparecido mágicamente en la mano de la rubia magnífica. Y las dos fueron a clavarse en el corazón de Jaime, que dejó así de sentir preocupación por el cansancio, el calor, el trabajo… y todas las demás cosas de este mundo.

Paulova Maloyef se guardó la pistola, fue al fondo del garaje, y apartó unos neumáticos, recogiendo de aquel rincón un bonito maletín, el que contenía las cosas de Brigitte Montfort. Era rojo con florecillas azules estampadas.

Salió del garaje y se dirigió, siempre con su gracioso caminar, hacia la pérgola, junto a la piscina. Llegó, sonrió, suspiró, dejó el maletín sobre la mesa, y se sentó, fatigada, mirando alegremente la botella de champán metida en un cubo de plata con hielo.

Se sirvió la copa, bebió la mitad de un solo trago, y lanzó un suspiro más profundo que el anterior.

–*Requiescat in pace*? —preguntó Minello.

—Sí, Frankie —replicó la terrible espía rusa.

Calatrava miraba de uno a otro con el ceño fruncido. Señaló el maletín.

—¿Qué hace eso aquí?

—Es de la espía número uno del mundo, Raimundo. No puedo dejarlo aquí.

—¿Sabes una cosa? —dijo Minello—. Teñida de rubia no me gustas nada… Lo que se dice nada, nada, nada.

—Frankie: tienes una habilidad especial para decir tonterías en los momentos más críticos. Merecerías que yo misma te echase a los caimanes de este engendro hijo de un buitre cruzado con una hipopótamo. ¿O hipopótama?

—En cambio tus piernas siguen siendo magníficas. Como veo que te las has arañado un poco por esas selvas de Dios te las curaré con mucho mimo… a besitos.

—Siempre tan inconsciente. ¿No entendiste mi nota? Decía que vinieses aquí con todas las precauciones. Y te han vapuleado.

—Pero maté a uno a tortas.

Calatrava miraba de uno a otra mientras sus ojillos se iban achicando y su manojo derecho de salchichas se deslizaba en busca de la pistola, que empuñó de pronto mientras sus perversos ojillos relucientes giraban hacia la rubia Paulova Maloyef, la cual, como quien no quiere la cosa, apenas Calatrava esgrimió su pistola sacó velozmente la suya silenciosa y disparó…

El manojo de salchichas reventó, y la pistola saltó lejos, salpicando gotas de sangre.

—Déjeme beber el champán en paz, Raimundo —dijo la rubia amablemente—. ¿No comprende que lo tiene todo perdido?

Calatrava gemía como un cerdo, metiendo su destrozada mano entre los pliegues del gigantesco vientre, buscando un consuelo inexistente y llenándose todo de sangre.

—Deje de gruñir, tío bestia —farfulló Minello—. Y tú, Brigitte, desátame de una maldita vez.

—Todavía no he terminado mi copa —sonrió la rubia—. Ten un poco de consideración, ¿quieres? Me siento cansada y abatida… ¿Hay algo que no comprenda usted, Raimundo? Así lo parece, pues me está mirando con expresión más tonta que la de Frankie.

—Yo… no comprendo… Él la acaba de llamar Brigitte…

—Brigitte Montfort —sonrió angelicalmente la rubia—…, pero con el pelo teñido. ¿De veras no te gusto así, Frankie?

—Mira, encanto, tú estás para comerte lo mismo de rubia que de morena, pero de morena estás que matas… ¿Tardarás mucho en volver a ser morena?

—No, no. Este tinte se va con agua y jabón. Es muy práctico…

¿Necesita explicaciones, Raimundo?

—Yo no… no entiendo nada…

—Pero querido, ¡si es tan fácil…!

—¿Usted… mató a la verdadera Paulova… y a Olav…?

—Solamente a Olav. A Paulova pudimos atraparla viva y la… ¿cómo diría yo…? Sí: la «convencimos» para que fuese muy comunicativa con nosotros. Es una mujer muy dura, y tuvimos que torturarla en serio, Raimundo. Ahora ella está en manos de Simón, en un estado lamentable. Pero vivirá… Vivirá para ingresar en una cárcel norteamericana.

—¿Dónde están Jaime y Pedro?

—Requiescat in pace —dijo Minello.

—Lamentable —dijo Brigitte—, pero tenía que hacerlo.

—¿Y Sergei Saborin, y Camilo, y Ferenko, y Basil…?

—Requiescat in pace, como dice mi querido Frankie.

—No es cierto… ¡Las esclusas de Miraflores han sido voladas, todos lo sabemos…!

—No sea tonto. Ha sido una patraña. Los maté a los tres, coloqué e hice explosionar las cargas en un lugar inofensivo para convencerlo a usted, y vine en busca de Frankie, para resolver el último capítulo de esta aventura. Quería tenerlo aquí para evitarle contratiempos por Panamá. Pero sólo quería que vigilase, no que el muy tonto se metiese de lleno en la trampa.

—Usted sola… no ha podido… hacer todo esto…

—La está ofendiendo, tío bestia —dijo Minello—. Brigitte puede hacer eso y mucho más que tomarle el pelo a usted y a unos cuantos espías del montón.

—Pero ella sola…

—Solita y desvalida —sonrió Brigitte.

—No es verdad… La CIA la ha estado ayudando…

—Que no, que no, querido: corté todo contacto con mis compañeros.

—Lo cual fue una gracia —refunfuñó Minello—… ¡La de lágrimas que se han derramado por Baby!

—Sé que todos me queréis mucho, Frankie, pero tenía que hacerlo. Simón y yo lo decidimos así después de matar a Olav y apresar a Paulova Maloyef en el embarcadero. Si hubiese intervenido la CIA el plan de Raimundo y la MVD no habría seguido

adelante, y nosotros, es decir, Simón y yo, queríamos saberlo todo… para desbaratarlo. Entonces yo tuve la idea: aprovechando que la Maloyef se parece mucho a mí me teñí de rubia y me vine hacia aquí mientras Simón se quedaba con la rusa, escondidos los dos. Y así ha sido como todo lo he ido sabiendo y solucionando. En cambio, si la CIA hubiese sido alertada por nosotros habría habido mucho movimiento. De este modo, todo el movimiento que ha habido ha sido para buscarnos a Simón y a mí, lo cual ha tranquilizado mucho a Raimundo y su gente. Y yo he seguido adelante: he liquidado a cinco espías soviéticos, tengo prisionera a Paulova Maloyef, he liquidado también a unos cuantos asquerosos traidores y asesinos, y tengo en mi poder dos importantes emisoras con sus frecuencias: la de la lancha de Sergei Saborin y la de Raimundo, en el estanque de los caimanes. ¿No es formidable? ¿No soy en verdad genial, Frankie?

—¿Tú me dejaste la nota en el hotel?

—Claro, querido. Y yo fui quien te disparó… a no dar, por supuesto, en mi suite. Te había dejado la copa de champán para que supieses que todo iba bien y te fueses y no molestases, pero parecías un poco reacio a desaparecer, y por eso quise asustarte. Cuando entró el estúpido de Camilo tuve que disparar contra él para que pudieses marcharte. Y te dejé la nota después de matar a Sergei Saborin, porque las cosas se habían complicado un poco. Él desconfiaba de mí y quiso alejarme de la lancha para pedir informes… Pero pude seguirlo, lo maté, fui al hotel a dejarte la nota, y tomé un taxi hasta las cercanías del lugar llamado Caleta Blanca y… Oh, bueno, ya te iré contando el resto… Ahora no tengo muchas ganas de hablar, Frankie.

—¿Qué… qué piensa hacer conmigo? —inquirió medrosamente Calatrava, tras unos segundos de silencio por parte de todos.

Brigitte lo miró como si se hubiese olvidado de él.

—¿Dónde está Satán? —preguntó de pronto.

—No… no sé…

—Lo sabe. Y será mejor que me diga la verdad. Su perro debía estar aquí, defendiéndole… ¿Dónde está?

—No me gustó que se dejase subyugar tan fácilmente por usted. Eso quería decir que otras personas también podrían dominarlo, en perjuicio mío… Yo precisaba un perro que sólo fuese amistoso

conmigo…

—¿Dónde está el perro? —insistió Brigitte.

—Lo eché a los caimanes. No me interesaba un perro que gemía de placer cuando un extraño le rascaba las orejas.

Demudado el rostro, Brigitte jadeó:

—Es usted un asqueroso cerdo asesino, Raimundo.

—¿Va… va a… a matarme…?

—Desate a Frank.

—Estoy herido…

—No sea llorón. Sólo es un poco de sangre y un par de salchichas menos en su mano. Utilice la otra para desatar a Frank. Y cuidado con lo que se le ocurra respecto a jugadas sucias.

Raimundo Calatrava pareció deslizarse del sillón doble al suelo. Se inclinó, o, mejor aún, se dejó caer junto a Minello, que estaba atento solamente a la tristeza que veía en los ojos de Brigitte. La conocía muy bien. Ella, la espía, la mujer, no estaba contenta por haber provocado tantas muertes.

Cuando Calatrava terminó de desatarlo, Frankie, magullado y dolorido, se acercó a la espía.

—Te invito a Perignon 55 esta noche, Brigitte.

—Oh, Frank, deja de decir necedades… Mira, éste es el resorte que hace funcionar el mecanismo de la compuerta entre el estanque y la piscina… Apretando esta losa se abre la compuerta y los caimanes tienen paso a la piscina, ya que se origina un desnivel de aguas que ocasiona, posteriormente, un mismo nivel entre las del estanque y las de la piscina… Tira a Raimundo a la piscina.

Las gelatinas de Raimundo Calatrava iniciaron un nervioso, movidísimo bailoteo de terror.

—¡No! ¡NOOOO…! —aulló—. ¡ESO NOOOO! Minello miró a Brigitte, incrédulo.

Pero ella parpadeó afirmativamente, y la fe ciega que Frankie sentía por la espía hizo el resto. Se acercó a Calatrava, que intentaba arrastrarse lejos de la piscina, y lo agarró por el fondillo de los pantalones y por el cuello de la camisa de alegres colores.

—Arriba, tío bestia. Vas a darte un baño. ¡Aaaarriba!

Lo puso en pie, pero Calatrava parecía una pella de manteca derritiéndose velozmente hacia el suelo. Minello le atizó un soberbio bofetón que lo llevó a trompicones junto a la piscina.

—¡NO, NO, NNNOOOOOO…!

Un puntapié en la enorme barriga dobló a Calatrava, que pareció entonces, más que nunca, una bola gigante. Y un puntapié en la cuádruple papada lo envió al agua, que salpicó abundantemente a todos lados.

El gordísimo salió inmediatamente a la superficie, lanzando gritos de terror sin descanso, sin tregua, chillando con todas sus fuerzas, estremecido por un profundo pavor irracional y dando manotazos en todas direcciones… Nadó hacia las escalerillas, pero su descomunal vientre no le permitió ni siquiera que las manos llegasen a los hierros, y regresó de nuevo al agua, de espaldas, hundiéndose brevemente.

—¿Vas a soltar los caimanes? —indagó Minello.

—Ese hombre está incapacitado para salir de la piscina, Frankie.

—Eso parece. Pero lo que yo te pregunto es si vas a soltar los caimanes.

Brigitte sonrió tristemente. Abrió su maletín, sacó el falso paquete de cigarrillos que contenía la radio, y accionó ésta.

—¿Hola, Baby? —Sonó en el acto una voz masculina en el pequeño aparato.

—Todo bien. Simón. ¿Cómo está la prisionera?

—Muy deteriorada por lo que le hicimos, pero bien en líneas generales… ¿Y usted?

—Estoy perfectamente, no se preocupe.

—Es que oí la explosión, vi el humo…

—Cosas mías. Todo perfecto, tranquilícese. A partir de ahora Baby podrá contestar.

—Espléndido. ¿Se encarga usted del resto?

—Preferiría que lo hiciera usted, Simón. Quisiera regresar a casa, descansar… Le dejaré en su hotel una cinta grabada con la explicación de todo cuanto a mí concierne en el asunto, lo que ha ocurrido en las esclusas y en Villa Caimanes… Todo.

—Lo comprendo. Feliz viaje de regreso.

—Gracias. Supongo que llamará usted a nuestros compañeros de Panamá y terminarán de arreglarlo todo.

—Vaya tranquila. Tome el primer avión y regrese a su cubil: Simón se encarga del resto.

—Gracias de nuevo. Ah…, le dejo una ballena en la piscina de

Villa Caimanes. Pasen a recogerla. Se llama Raimundo Calatrava, y es el jefe de los panameños traidores. Un tipo que merece una cuchillada en su asqueroso vientre, pero que quizá dé más frutos en manos de la CIA. Eso es todo. Hasta la vista, Simón.

—Ojalá. Fue un placer trabajar con usted, Baby.

Brigitte cortó, se puso en pie lentamente, y se quedó mirando al silencioso Frank Minello, que tardó unos segundos en reaccionar. Entonces dijo:

—Iré a buscar el jeep y te llevaré a Panamá. Y mientras descansas tomaré los pasajes para el vuelo de regreso a casa.

—Gracias, Frankie.

Minello fue a por el jeep, y Brigitte se acercó al borde de la piscina, llevando en la mano su segunda copa de champán.

—¡Sáqueme de aquí! —imploró llorando Calatrava—. ¡Por el amor de Dios, sáqueme de aquí!

—No debería estar tan gordo, Raimundo. Ya ve lo que pasa por no saber cuidarse: por años que transcurriesen no podría salir sin ayuda de esa piscina. A su salud.

Brigitte bebió un sorbo de champán, lentamente, mientras Calatrava seguía vociferando y llorando histéricamente.

—¡No me deje aquí, no suelte a los caimanes…! ¡Por lo que más quiera en el mundo, no los suelte!

¡¡¡NO LOS SUELTE!!!

Brigitte lo miró duramente, gélidamente; sus bellísimos ojos parecían ahora dos trozos de hielo azul.

—No pienso soltarlos, Raimundo, pero… ¿quién sabe?: los mecanismos de la compuerta pueden fallar en cualquier momento…

Este es el final

Frank Minello se llevó un dedo a los labios reclamando silencio. Luego lo utilizó para pulsar el timbre de la puerta del lujoso apartamento en el Crystal Building de la Quinta Avenida neoyorquina.

La puerta se abrió poco después, y Peggy, intrigada, asomó la cabeza.

—Ah, es usted, señor Minello…

—Yo… y otros dos amigos. ¿Está Brigitte?

—Sí… Supongo que para ustedes si está. Le diré…

—No nos anuncies. Le daremos una sorpresa.

—Es que está en el baño…

Frank se volvió a sus acompañantes y guiñó un ojo.

—Mejor. Con un poco de suerte podremos ver… la espuma de su… ejem… de su jabón perfumado…

Los acompañantes de Minello eran Miky Grogan y Charles Alan Pitzer. Los tres se dirigieron hacia el cuarto de baño, y Minello, más audaz, fue el que abrió la puerta de golpe, metiendo la cabeza.

—Brigitte, ¿estás visible…? ¡Zambomba!

Retiró la cabeza, cerró la puerta, y se quedó apoyado en la pared, rojo como una brasa, sin aliento.

—¿Está o no está? —Gruñó Miky Grogan.

—Está… ¡Vaya si está!

La puerta se abrió entonces, y apareció Brigitte anudándose el cinto de su albornoz celeste y mirando maliciosamente a Minello.

—Frankie: eres un granuja desvergonzado.

—Yo-yo-yo-yo… yo no creí que… que fuese a… ver tanto… y… y… y de tanta… de tanta calidad…

Brigitte sonrió dulcemente, y fue mirando uno a uno a sus visitantes.

—¿Alguna novedad, señores?

—Emmm… No, no… Bueno, hemos pensado… Sí, los tres hemos pensado que… que había que celebrarlo…, y… y hemos traído una botella fresca de Perignon 55…

—Magnífica idea.

Minello puso cara de idiota mirando aquellos negros cabellos.

—Brigitte, hija, de rubia estabas fenomenal, pero de morena estás que matas de amor… ¿Quieres casarte conmigo?

Brigitte tomó la botella, miró la etiqueta, se echó a reír, y replicó:

—De momento, muy astuta siempre, Baby no contesta…

FIN

Notas

[1] En inglés, Baby significa bebé, criatura, rorro. Y también angelito, en el sentido de niño delicioso, bueno, dulce. Creemos que éste es el sentido que el autor ha querido dar al sobrenombre de Brigitte Montfort. Dada la personalidad de esta famosa agente secreto opinamos que el sobrenombre de Baby debemos entenderlo como ‹angelito›, o ‹dulce niña›, o ‹nena querida›… o todo a la vez. <<

[2] Requiescat in pace son las palabras en latín que originan la sigla R.I.P., y significan ‹Descanse en Paz›. < <